

AMÉLIE NOTHOMB

Golpéate el corazón



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

D.J.57

GOLPÉATE EL CORAZÓN

AMÉLIE NOTHOMB



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Frappe-toi le coeur

Edición en formato digital: marzo de 2019

© Imagen de cubierta, Jean-Baptiste Mondino

© de la traducción, Sergi Pàmies, 2019

© Éditions Albin Michel, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4014-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

A Marie le gustaba su nombre. No era tan banal como pudiera parecer y la colmaba de satisfacción. Cuando decía que se llamaba Marie, no pasaba inadvertida. «Marie», repetían encantados.

Su nombre no era la única explicación de su éxito. Era consciente de su belleza. Alta y con buen cuerpo, con el rostro iluminado por su pelo rubio, llamaba la atención. En París habría podido pasar desapercibida, pero vivía en una ciudad lo bastante alejada de la capital para no convertirse en su extrarradio. Siempre había vivido allí, todo el mundo la conocía.

Marie tenía diecinueve años, le había llegado la hora de volar con sus propias alas. Tenía por delante una existencia extraordinaria, lo presentía. Estudiaba para secretaria, lo cual no era presagio de nada —algo había que estudiar—. Estábamos en 1971. «Paso a la juventud», repetía todo el mundo.

En sus salidas nocturnas por la ciudad, frecuentaba a gente de su edad, no se perdía una. Había fiestas casi cada noche para quien conociera gente. Tras una infancia tranquila y una aburrida adolescencia, la vida empezaba. «A partir de ahora, lo importante soy yo, es mi vida y no la de mis padres o la de mi hermana.» El verano anterior, su hermana mayor se había casado con un buen chico, y ya había sido madre. Marie la había felicitado pensando: «¡Se acabó la diversión, querida!»

Le encantaba ser el centro de todas las miradas, provocar la envidia de las demás chicas, bailar toda la noche, volver a casa al amanecer, llegar tarde a clase. «Marie, otra vez de picos pardos», le decía cada vez el profesor con fingida severidad. Las feas, siempre puntuales, la miraban con rabia. Y Marie estallaba en una luminosa carcajada.

Si le hubieran dicho que formar parte de la juventud dorada en una ciudad de provincias no auguraba nada extraordinario, no lo habría creído. No tenía ningún plan particular, solo sabía que sería grandioso. Por la mañana, cuando se despertaba, sentía en su corazón un gigantesco impulso y se dejaba llevar por aquel entusiasmo. Cada nuevo día prometía acontecimientos cuya naturaleza ignoraba. Amaba esa sensación de inminencia.

Cuando las chicas de su curso hablaban de su porvenir, Marie se partía de

risa para sus adentros: boda, hijos, casa..., ¿cómo podían conformarse con eso? ¡Qué estupidez reducir sus esperanzas a unas simples palabras, y más aún a unas palabras tan mezquinas! Marie no les ponía nombre a sus expectativas, saboreaba sus infinitas dimensiones.

En las fiestas le gustaba que los chicos estuvieran exclusivamente pendientes de ella, y se encargaba de no mostrar preferencias por ninguno; que les consumiera la angustia de no ser los elegidos. ¡Qué placer sentirse constantemente provocada, mil veces deseada, nunca libada!

Pero existía una alegría aún más potente: consistía en provocar los celos de los demás. Cuando Marie veía cómo las chicas la miraban con aquellos dolorosos celos, disfrutaba de su suplicio hasta el extremo de sentir que se le secaba la boca. Más allá de aquella voluptuosidad, lo que expresaban esos ojos amargos posados sobre ella era que aquella era su historia, que ella era la protagonista, y los demás sufrían al descubrir que eran simples figurantes, invitados al festín para recoger las migajas, invitados al drama para morir en él a causa de una bala perdida, es decir, de un fuego que no les estaba destinado.

Al destino solo le interesaba Marie, y esa exclusión de terceros le provocaba un placer supremo. Si hubieran intentado explicarle que el reverso de los celos equivalía a más celos y que no había sentimiento más horrible que ese, se habría encogido de hombros. Y mientras estuviera bailando y fuera el centro de la fiesta, la belleza de su sonrisa podía dar el pego.

El chico más guapo de la ciudad se llamaba Olivier. Esbelto, muy moreno como todos los del sur, era el hijo del farmacéutico y heredaría el negocio familiar. Amable, divertido, servicial, gustaba a todos y a todas. A Marie, este último detalle no le había pasado por alto. Solo tuvo que aparecer y se acabó lo que se daba: Olivier se enamoró locamente de ella. Marie saboreó el hecho de que se le notara tanto. En la mirada de las otras chicas, la dolorosa envidia dio paso al odio, y el placer que le producía verse observada de aquel modo la hacía estremecerse.

Olivier se equivocó respecto a la naturaleza de aquellos escalofríos y creyó ser amado. Conmovido, se arriesgó a darle un beso. Marie no lo rechazó, se limitó a entreabrir los ojos para comprobar la execración de la que estaba siendo objeto. Para ella el beso coincidió con el soberano mordisco de su demonio y gimió.

Lo que vino después se desarrolló siguiendo una mecánica tan antigua como el tiempo. Marie, que temía sufrir, se sorprendió al no sentir casi nada, salvo en el momento en que todo el mundo les vio marcharse juntos. Le encantó ser la encarnación, durante una noche, de la mejor esperanza femenina.

Loco de felicidad, Olivier no disimulaba su amor. Convertida en prima donna, Marie resplandecía. «¡Qué guapos! ¡Qué buena pareja hacen!», decía la gente. Ella se sentía tan feliz que creía estar enamorada. La sonrisa de sus padres no le producía tanta satisfacción como el desagradable pliegue en la comisura de los labios de las chicas de su edad. ¡Cómo le divertía ser la protagonista de aquella película de éxito!

Seis semanas más tarde, se rompió el encanto. Corrió a visitar al médico, que le confirmó lo que ya se temía. Horrorizada, le comunicó la noticia a Olivier, que la abrazó inmediatamente.

—¡Querida, es maravilloso! ¡Cásate conmigo!

Ella rompió a llorar.

—¿No quieres?

—Sí —dijo ella entre lágrimas—. Pero me habría gustado que las cosas fueran distintas.

—¿Qué más da? —respondió él abrazándola de alegría—. Cuando dos personas se quieren como nosotros, enseguida se tienen hijos. Así que ¿para qué esperar?

—Preferiría que la gente no sospechara nada.

A él le enterneció lo que interpretó como pudor:

—Nadie sospechará nada. Todo el mundo ha visto lo locamente enamorados que estamos. Nos casaremos dentro de dos semanas. Seguirás teniendo la cintura de una chiquilla.

Sin argumentos, ella no dijo nada. Calculó que en quince días no podría preparar la fiesta por todo lo alto que tanto deseaba.

Olivier expuso a sus padres los hechos consumados. No les escondió la razón de tantas prisas, que provocó el entusiasmo de ambas madres y ambos padres:

—¡No habéis perdido el tiempo, chicos! Está bien, nada mejor que ser

joven para tener un bebé.

«Jolín», pensó Marie, que fingía sentir orgullo con la esperanza de que creyeran en su felicidad.

La boda fue tan perfecta como puede serlo una boda preparada con tanta premura. Olivier estaba exultante.

—Gracias, querida. Siempre me han horrorizado esos banquetes que no se acaban nunca y a los que se invita a tíos a los que jamás has visto. Gracias a ti, esta será una auténtica boda de amor, una cena sencilla, una fiesta con nuestros verdaderos allegados —dijo mientras bailaba con ella.

Las fotografías recogieron la imagen de un joven loco de alegría y una joven de sonrisa forzada.

Los asistentes a la fiesta querían a los jóvenes casados. Precisamente por eso, por más que Marie espió los rostros, no vio a nadie con la expresión de celos que le habría permitido pensar que estaba viviendo el día más hermoso de su vida. A ella le habría gustado una fabulosa juerga llena de curiosos envidiosos, de desconocidos detestables, de feas abandonadas mirando un vestido de novia que no habría sido el mismo estúpido vestido de su madre.

«¡Te das cuenta de que a tu edad yo era tan delgada como tú!», había exclamado ella al comprobar que el modelo de después de la guerra le iba tan bien a su hija.

A Marie el comentario le pareció odioso.

La joven pareja se instaló en una bonita casa de la ciudad, no muy lejos de la farmacia. A la esposa le habría gustado elegir los muebles, pero a partir del segundo mes de embarazo un cansancio fuera de lo normal se apoderó de ella. El médico aseguró que se trataba de un fenómeno habitual, especialmente en embarazadas primerizas. Lo que ya no resultó tan normal fue el agotamiento perdurara hasta el noveno mes.

Solo se levantaba de la cama para comer, ya que se moría de hambre.

—Ya no voy a las clases, y eso es un fastidio —le dijo a su marido entre bocado y bocado.

—De todos modos eres demasiado inteligente para ser secretaria —respondió él.

Ella se quedó perpleja. Nunca había pensado en ser secretaria. Para ella, estudiar secretariado o agronomía era más o menos lo mismo. Además, ¿a qué se refería Olivier al decir «inteligente»? Se negó a profundizar en el tema y se acostó de nuevo.

Había algo vertiginoso en poder dormir todo lo que quisiera. Se metía en la cama y sentía como el abismo del sueño se abría bajo su cuerpo, y ella se entregaba a aquella caída y, sin tiempo para detenerse a pensar en ello, desaparecía en el acto. Si no hubiera tenido tanto apetito, nunca se habría despertado.

A partir de la décima semana, empezó a sentir antojos de huevos. Cuando Olivier estaba en la farmacia, ella le telefoneaba:

—Hazme unos huevos pasados por agua. Siete minutos de cocción, ni más ni menos.

El joven esposo lo dejaba todo y corría a su casa a cocer los huevos. No podían prepararse de antemano, ya que los huevos pasados por agua siguen cociéndose hasta que te los comes. Con delicadeza les quitaba la cáscara y, en una bandeja, se los llevaba a Marie a la cama. La joven los devoraba con un placer aterrador, menos cuando, por distracción, él los había dejado cocer durante siete minutos y medio —entonces los rechazaba declarando: «Me

ahogo»— o seis minutos y medio —cerraba los ojos y gemía diciendo que le daban asco.

—No dudes en despertarme a la hora que sea si vuelves a querer huevos —decía Olivier.

Un requerimiento inútil: ella no dudaba en hacerlo. Tras zamparse los huevos, volvía a caer dormida. No era necesario ser un sabio para diagnosticar un caso de huida a través del sueño, aunque nadie de su entorno lo comprendiera. Las rarísimas ocasiones en que Marie no dormía y pensaba, se decía: «Estoy embarazada, tengo diecinueve años y mi juventud ya ha terminado.»

Entonces el abismo del sueño se abría de nuevo y ella sentía el alivio de poder volver a hundirse en él.

Mientras comía los huevos, Olivier la miraba con ternura y a veces le preguntaba si el bebé daba pataditas. Ella respondía que no. El niño era muy discreto.

—No dejo de pensar en él —decía él.

—Yo también.

Mentía. Durante nueve meses, nunca pensó en el bebé. Y no se equivocó al respecto, ya que, si hubiera pensado en él, lo habría aborrecido. Una instintiva precaución quiso que viviera su embarazo como una larga ausencia.

—¿Crees que será niño o niña? —preguntaba él a veces.

Ella se encogía de hombros. Si él proponía un nombre, ella lo rechazaba. Él respetaba su decisión. La verdad es que si lo intentaba, solo podía concentrarse en el bebé un segundo. Para ella seguía siendo algo radicalmente ajeno.

Vivió el parto como un brusco y desagradable regreso a la realidad. Al oír los berridos del recién nacido, se quedó estupefacta: así pues, durante todo ese tiempo había tenido a alguien dentro.

—Es una niña, señora —anunció la comadrona.

Marie no sintió nada, ni decepción ni alegría. Le habría gustado que le explicaran qué debía sentir. Estaba agotada.

Depositaron a la niña sobre su vientre. Ella la miró mientras se preguntaba qué reacción se esperaba de ella. En aquel instante, Olivier fue

autorizado a reunirse con ella. Él era el vivo reflejo de todas las emociones que debería haber experimentado ella. Alterado, abrazó a su esposa y la felicitó y, con lágrimas en los ojos, tomó en brazos al bebé mientras exclamaba:

—¡Eres la niña más hermosa que he visto en mi vida!

A Marie se le heló el corazón. Olivier le mostró la carita de la niña.

—Querida, mira tu obra maestra.

Marie hizo acopio de fuerzas para contemplar a su criatura. El bebé era moreno, y tenía el pelo negro de un centímetro. No presentaba ninguno de los sarpullidos tan frecuentes entre los recién nacidos.

—Pareces tú en niña —dijo ella—. Deberíamos llamarla Olivia.

—¡No! Tiene la belleza de una diosa. La llamaremos Diane —decidió el joven padre.

Marie estuvo de acuerdo con la elección de su marido, pero su corazón se heló de nuevo. Olivier le dio a la criatura. Ella la miró y pensó: «Ahora ya no eres asunto mío. Dependes de ti misma.»

Era el 15 de enero de 1972. Marie tenía veinte años.

La pequeña familia regresó a casa. Por la mañana, Olivier le daba el biberón a Diane y se marchaba a la farmacia. Cuando Marie se quedaba a solas con su hija, sentía un malestar que no acababa de comprender. Se esforzaba en mirarla lo menos posible. Cuando tenía que cambiarla, eso no suponía ningún problema. Lo que la molestaba era el rostro de su hija. Al darle el biberón, miraba hacia otro lado.

Fue recibiendo visitas, sobre todo al principio. Sus amigas acudían para conocer a Diane. Siempre exclamaban: «¡Qué hermosura! ¡No es posible, un bebé tan hermoso!» Marie se esforzaba en disimular el dolor que sentía en esos momentos. Lo que más la hirió fue el flechazo que sus padres sintieron por su nieta.

—¡Has logrado tener una hija todavía más guapa que tú! —dijo el abuelo.

Su esposa vio cómo ella se mordía los labios. Se abstuvo de sumarse a los elogios, pero Marie percibió la mirada de idolatría que su madre le dedicó a Diane y le dolió.

Esperaba con impaciencia a que los visitantes se marcharan. Cuando se iban, dejaba a la niña en la cuna, fuera del alcance de las miradas. Se acostaba en la cama y contemplaba el techo pensando: «Se acabó. Tengo veinte años y ya se acabó. ¿Cómo puede ser tan corta la juventud? Mi historia solo ha durado seis meses.» En su cabeza ese pensamiento se repetía sin cesar. ¡Si por lo menos hubiera podido dormir, como durante el embarazo! Ya no podía permitirse desaparecer, tenía que enfrentarse a la realidad; era una expresión que había leído y cuyo significado no entendía, solo sabía que tenía que tratarse de algo insoportable.

Y, sin embargo, Diane era buena. Solo lloró en el momento de nacer. Nunca se la oía. Repartía sonrisas a los que la observaban. «Te ha tocado la lotería», le decían a Marie.

Cuando Olivier regresaba del trabajo, a primera hora de la noche, se encontraba a su mujer y a su hija acostadas en silencio, a unos metros la una de la otra. No se preocupaba por la pequeña, le parecía normal.

—Estoy cansada —no dejaba de repetir Marie a sus angustiadas

preguntas.

—¿Quieres que contrate a una niñera?

Su esposa se negaba, recelosa ante la idea de tener a una desconocida en casa.

—Tu madre no trabaja. Podríamos confiarle a Diane —sugirió un día Olivier.

Marie se enfadó:

—¿Por qué no dices claramente que no me crees capaz de ocuparme de la pequeña?

En realidad sabía que eso era lo que pensaría su madre.

El joven padre se acercaba a coger a su hija en brazos y se le caía la baba: ella le sonreía balbuceando. Olivier multiplicaba sus declaraciones de amor: «¡Ay mi hermosa, mi tesoro, mi felicidad!» La cubría de besos y no se daba cuenta de que el sufrimiento de Marie no tenía límites. Le daba el biberón a Diane y la dejaba de nuevo en la cuna.

—¡Querida, estás muy pálida! —exclamaba al ver a su mujer.

—No creo que tenga fuerzas para prepararte la cena —murmuraba ella.

—¡Vayamos a cenar fuera!

—No podemos salir —respondía ella señalando la cuna con la barbilla.

—¿Quieres que llame a una canguro?

—Yo me encargo.

Procuraba llamar siempre a la señora Testin, que tenía cincuenta y cinco años y llevaba unas gafas de culo de botella. Se aguantaba la risa cuando veía cómo su hija giraba tranquilamente el rostro ante el mal aliento de aquella señora que le hablaba a bocajarro.

En el restaurante, Marie recuperaba los ánimos y algo de su hermosura. Lo que más la reconfortaba eran las miradas de envidia de las camareras. Elegía preferentemente aquellos restaurantes en los que la camarera hubiera ido a su clase en el instituto, porque la crueldad de la comparación la reconfortaba.

Por desgracia, el bueno de Olivier solía estropearle la velada diciendo con voz de enamorado:

—Amor mío, nunca podré agradecerte lo suficiente que me hayas dado esta hija.

Marie bajaba la mirada para disimular su despecho. A su esposo le emocionaba lo que creía que era modestia.

Con el tiempo, él se preocupó. Los meses pasaron sin que la joven mejorara. ¿Dónde estaba la alegría de vivir de aquella muchacha con la que se había casado? Él le hacía preguntas que ella respondía de un modo ambiguo.

—¿Te gustaría trabajar? —le preguntó un día.

—Sí. Pero es imposible, dejé los estudios.

—Eres demasiado inteligente para ser secretaria.

—Eso ya me lo has dicho. Y entonces ¿para qué soy lo bastante inteligente?

—En la farmacia me vendría bien una contable.

—No tengo ni idea de contabilidad.

—Eso se aprende. Estoy seguro de que lo harías muy bien.

—¿Y la niña?

—Yo me encargo de explicarle a tu madre que no se puede estudiar contabilidad y ocuparse de un bebé al mismo tiempo.

Olivier fue a visitar a su suegra y le contó otra cosa: que su hija estaba en plena depresión posparto y la mera posibilidad de trabajar despertaba en ella el deseo de vivir. Le imploró que fuera tan amable de ocuparse de su nieta. Todas las noches, él iría a recoger a Diane.

—Me encantará hacerlo —dijo la abuela.

Cuando el yerno se marchó, la abuela lo celebró:

—¡Bendito sea Olivier!

—Nunca habría dicho que Marie sufriría una depresión —dijo el abuelo.

—¡Qué depresión ni qué leches! Tiene unos celos enfermizos de su hija. Eso es lo que la está envenenando.

—¿Y por qué iba a tener celos de esa criatura?

—¡Como si hiciera falta un motivo! Tú y yo hemos inculcado a nuestras dos hijas el valor de la justicia. Nunca le hemos dado más a una que a otra. Brigitte es la mayor, es menos guapa que su hermana, ella es la que podría haberse sentido celosa. Pero, a diferencia de Marie, nunca lo hizo. Creía que había superado ese problema: se convirtió en la mujer más hermosa de la

ciudad, hizo un muy buen matrimonio. Pues no: he visto con mis propios ojos los celos que tiene de su hija.

—¿Y qué puede envidiarle a un bebé?

—La pequeña es una joya, atrae la atención; con eso basta.

—¿Crees que la maltrata?

—No. Marie no es mala, ni tampoco está loca. Pero no manifiesta ninguna ternura hacia la criatura. Para la pobre Diane, no debe de resultar muy agradable.

—¿Cómo es posible no querer a un ángel semejante?

Los abuelos acogieron a su nieta con grandes muestras de afecto porque eran conscientes de las carencias que sufría. La vida cotidiana de la niña cambió drásticamente.

Hasta entonces la vida de Diane tenía dos partes intensas: la mañana y la noche. Coincidían con los momentos en que su padre se acercaba para sacarla de la cuna, cubrirla de besos, cambiarle el pañal y darle el biberón, todo regado con palabras de amor. Entre las orillas del día y de la noche se extendía un espacio infinito: durante un siglo de luz o de oscuridad, no ocurría nada. A veces la diosa indiferente la cogía para cambiarla o enchufarle el biberón. Pertenecía a una suerte de extraña especie capaz de tocarla sin que existiera un contacto real, de mirarla sin verla. Diane abría mucho los ojos con la esperanza de que la diosa reparase en su presencia; a veces incluso se arriesgaba, en vano, a emitir leves gorjeos. Cuando volvía a dejarla en su cuna, también cesaba la tortura de la esperanza. Allí, por lo menos, Diane sabía con certeza que cualquier ilusión resultaba inútil. Aparte, por supuesto, de las mañanas y las noches, pero ambos acontecimientos estaban tan alejados que era mejor no pensar en ellos. Entonces ocupaba ese vacío preguntándose por qué el olor de la diosa le resultaba tan familiar, más aún, por qué aquel olor exquisito le desgarraba el corazón.

De repente su existencia se metamorfoseó. Su padre se la llevaba en un capazo y la dejaba en manos de una persona que tenía la misma edad que la señora Testin, con la diferencia de que olía muy bien y su ternura resultaba de lo más agradable. Con ella el vacío desapareció. Cuando no la llevaba en brazos, la dejaba en su parque: un espacio propio desde el que podía observar a su abuela. Su abuela era una persona tan activa y ruidosa como pasiva y silenciosa era la diosa. La abuela cocinaba escuchando la radio, con la que solía dialogar. Cuando la abuela comía, colocaba a Diane en su trona y siempre le ponía un plato de lo que había cocinado: no estaba obligada, pero tenía derecho a probarlo y a veces estaba delicioso.

Y, sobre todo, la abuela la miraba y le hablaba. Con la abuela, ella no existía solo por la mañana o por la noche. Su existencia era continua, y eso resultaba excitante. Incluso podía ocurrir que la abuela la sacara al exterior para vivir experiencias abrumadoras. Iban juntas al mercado a comprar verduras, elegir frutas, explorar el universo. No había límites al poder de su

abuela para convertir el mundo en un lugar interesante.

Por la noche, su padre regresaba a buscar el capazo con un efusivo entusiasmo. Ambos regresaban junto a la diosa, que seguía sin mirarla pero estaba mejor. Mientras ella le daba el último biberón y la acostaba, Diane sentía cómo aquel gran cuerpo hervía de vida.

Olivier tenía razón: Marie se apasionó por la contabilidad. Siguió un curso acelerado que reveló su talento: los números, que en general la aburrían, la fascinaron cuando se convirtieron en la representación del dinero. El dinero era ese valor genial que provocaba la envidia de los demás: Marie se enteró de que tenía más dinero que la mayoría de los habitantes de la ciudad y se regodeó en ello. Enseguida entendió el principio: no había que demostrar que te gustaba. Así todavía disfrutabas más de él.

Marie no solo resultó ser la contable ideal, sino una brillante mujer de negocios: en la farmacia, creó una sección de productos de belleza de la que se convirtió en estandarte. Las clientas le preguntaban cuál era el secreto de su tez fresca y su piel radiante. Ella se cuidaba mucho de responder que tenía veintiún años y, en un tono confidencial, les enseñaba una crema muy costosa.

Olivier se enamoró todavía más de su esposa, que no tardó en volver a quedar embarazada. Esta vez no pareció que le molestara. No modificó para nada sus hábitos y siguió trabajando como siempre.

Una noche, tuvo una pesadilla bastante frecuente entre las mujeres embarazadas de un segundo hijo: soñó que su primera hija fallecía. Se despertó llena de angustia y sintió la necesidad de comprobar que se trataba de un sueño. Se precipitó sobre la cuna, cogió el cuerpo de su hija. Diane emergió del sueño sintiendo el milagro. La diosa la estaba estrechando entre sus brazos mientras repetía: «¡Estás viva, estás viva!» Y la cubría de besos. Diane abrió mucho los ojos para ver lo que la oscuridad le permitía distinguir: el rostro de la diosa se había metamorfoseado, reluciente de ternura y de alivio. Y entonces se dejó vencer por el increíble trastorno de aquel abrazo. Todo su ser se sentía paralizado por el placer más inmenso. El olor de la diosa se propagó por todos sus sentidos, Diane se sumergió en aquel perfume de inefable suavidad y descubrió la embriaguez más intensa

del universo: el amor. Así que la diosa era su madre, ya que la amaba.

—Que duermas bien, tesoro mío —acabó por decirle Marie, dejando a su hija en la cuna.

Y volvió a acostarse.

Diane no pudo volver a conciliar el sueño. La revelación del amor no dejaba de recorrer su cuerpo. Sí, en brazos de su padre, su abuela, su abuelo, había sentido que la amaban y que amaba. Pero lo que había experimentado en los brazos de su madre era distinto: tenía que ver con la magia. Era una fuerza que te elevaba, te traspasaba, te trituraba de felicidad. Y eso guardaba relación con el olor de su madre, superior al de las más exquisitas fragancias. Tenía que ver con la voz de su madre, que, cuando le había hablado aquella noche, era la música más deliciosa que jamás hubiera oído. Y se completaba con la suavidad de la piel y del pelo de su madre, que había acabado transformando aquel abrazo en una prolongada y sedosa caricia.

Era crucial que no se volviera a dormir: era el único modo de asegurarse de que no había sido un sueño. Diane había observado la posibilidad de vivir cosas extrañas durante el sueño. Era necesario cierto tiempo de conciencia para imbuirse de su irrealidad. En ese caso, constataba justo lo contrario: cuanto más tiempo permanecía despierta, menos dudaba de la autenticidad de lo que acababa de ocurrir.

Así que era eso, el sentido, la razón de ser de cualquier vida: si estabas allí, si soportabas tantas pruebas, si te esforzabas por seguir respirando, si aceptabas tanta insipidez, era para conocer el amor. Diane se preguntó si, aparte de la diosa, existían otras fuentes susceptibles de provocarlo. Le pareció que no: ¿cuántas veces había visto a su padre abrazado por su madre con una expresión extrañamente beatífica?

Un misterio añadido se sumó a su reflexión: durante el abrazo de la diosa, había sentido latir el corazón de ella y había sentido que su propio corazón bombeaba en su enorme pecho, pero al mismo tiempo también había oído otro corazón en el fondo de su madre, latiendo más débil. ¿Tenía relación con la inusual redondez del vientre de su bienamada? ¿Y por qué aquello la retrotraía a confusos recuerdos, a la nostalgia de una intimidad ajena a este mundo?

Diane logró no volver a dormirse y esperó la mañana con ferviente impaciencia. Cuando su padre se acercó para sacarla de la cuna para el ritual

del despertar, movió la cabeza hacia su madre para ver si el cambio persistía. Ella no la miró, no le dirigió la palabra: era un día como los demás. Y entonces Diane supo que su madre había olvidado lo que había ocurrido aquella noche. Y, suponiendo que se acordara, pensaría que se había tratado de un sueño.

La criatura sintió que su corazón se comprimía de dolor. Pero en su fuero interno algo potente y claro susurraba: «Yo me acuerdo, sé que no era un sueño, sé que la diosa es mi madre y sé que me quiere igual que yo la quiero y que ese amor existe.»

Una mañana fue Marie quien llevó a la pequeña a casa de sus padres. Durante el breve instante en que la tuvo en brazos, Diane intentó recuperar el perfume y la suavidad de su bienamada, que ni siquiera se dio cuenta. El padre de Marie les abrió la puerta y vio al bebé implorando y la indiferencia de su hija. Abrazó a la pequeña y la consoló:

—Buenos días, tesoro, preciosidad...

—Qué ridículo hablarle así —dijo la diosa mientras se marchaba, gélida.

Enojado por esa actitud, el abuelo comprendió que su esposa tenía razón. Percibió la gravedad inteligente en los ojos de Diane y decidió explicárselo:

—Tu madre no es mala, preciosa. Solo está celosa. Siempre lo ha estado: es así y no se le puede hacer nada. Celosa, ¿comprendes?

La niña de dos años dijo que sí.

—Será nuestro secreto.

¿Había oído antes la palabra «celosa»? En todo caso, tuvo la sensación de saber qué significaba. Y lo consideró una buena noticia: lo que impedía a su madre expresarle su amor eran los celos. Tantas veces los había percibido en el rostro de la diosa...: cuando su padre exclamaba «Diane, mi pequeña», cuando la gente mostraba admiración por alguien que no fuera ella, sus rasgos maternos se contraían, una mezcla de despecho y de cólera hacía que fuera menos hermosa. Eso duraba cierto tiempo, durante el cual parecía tener dificultades para respirar.

Su abuela se acercó suspirando:

—No estoy segura de que hayas hecho bien contándoselo.

—Ya lo sabía —declaró la niña.

Los abuelos la miraron, estupefactos.

De vuelta en casa, su padre la cogió de la mano y la llevó hasta una habitación desconocida, amueblada con una cama nueva.

—Es tu habitación, tesoro. Tu mamá va a tener un bebé que dormirá en tu cuna. Tú también tendrás tu propia cama, como una niña mayor. Pero hasta

que llegue el bebé, puedes quedarte con nosotros.

—¿Ya puedo dormir aquí? —preguntó ella.

—¿Te hace ilusión? Pues claro que puedes.

Diane estaba encantada de tener aquel lugar para ella y llevó allí todos sus juguetes. Oyó como su padre le decía a su madre:

—Está bien, la niña no tiene celos del bebé.

Se quedó pensando: así que ella también podría haber tenido celos. Era un problema que no era exclusivo de la diosa. Eso reforzó la idea de que no era tan grave.

También se hizo preguntas respecto al nuevo bebé. ¿Iba su madre a tener los mismos celos de él que los que tenía de ella?

Un día, mientras comía con sus abuelos, sonó el teléfono. La abuela gritó: «¡Vamos para allá!», y colgó.

—Tu hermanito acaba de nacer —anunció.

En el coche, Diane se dio cuenta de que ni siquiera había contemplado la posibilidad de que el bebé fuera un niño. ¿Cambiana eso las cosas?

Mamá tenía en los brazos a una criatura a la que miraba con ternura. Papá recibió a su hija sonriendo.

—Tesoro, ven a conocer a Nicolas.

—¡Nicolas! —exclamó la abuela—. Parece Diane en niño.

—Tiene razón —declaró Olivier—. Es el vivo retrato de su hermana.

«Entonces ¿yo era así al nacer?», se preguntó la niña al contemplar al bebé. Le pareció guapo y enseguida lo quiso. Pero lo que más la impresionó fue la evidente adoración de su madre por Nicolas. «No tiene celos de él», pensó Diane.

—Es precioso —dijo la abuela.

Radiante, mamá le dio las gracias. Para la criatura, fue una revelación: su madre podía alegrarse por un elogio dirigido a su prole.

Esa era la respuesta a su pregunta: sí, que el bebé fuera un niño lo cambiaba todo. Extrañamente, Diane no sufrió por ello. Le gustaba que existiera una explicación, eso la tranquilizaba. No pensó que debería haber nacido niño: ¿de qué le habría servido lamentarse por eso? Por otra parte, no estaba segura de que hubiera preferido ser un niño.

—¿Puedo cogerlo? —preguntó.

Marie instaló a su hija junto a ella en la cama para que pudiera abrazar a su hermano sin peligro. Diane vivió un momento mágico: acurrucada junto a su madre, pudo sentir el pedacito de vida cálida y móvil que le confiaban. A partir de ese momento había otra persona importante en este mundo.

Diane se sumergió en una profunda reflexión.

El primer elemento que se debía analizar era que su madre prefería a los niños. Papá era un hombre: menuda pieza en el expediente. Y eso no era todo. Había observado que la diosa no se comportaba igual en compañía masculina. Se mantenía más erguida, era a la vez más enérgica y más dulce, y hacía comentarios singulares.

El segundo elemento que se debía investigar eran los celos. ¿Podía decirse que solo se manifestaban respecto a otras mujeres? La cosa no resultaba tan simple. Mamá ya se había puesto furiosa con papá, reprochándole haber mirado a una u otra mujer. Un día le había dicho que, en la farmacia, era por lo menos igual de importante que él. En resumen, los celos se basaban en una obsesión competitiva que no la enfrentaba solo a las mujeres. Resultaba más complicado que eso. Y esa complejidad derivaba de que el objetivo supremo de los celos consistía en ser mirada con envidia por hombres y mujeres: curiosamente, en cuanto a eso no existía ningún tipo de discriminación.

Todas aquellas reflexiones no llevaban a ninguna conclusión; por lo menos mamá se sentía feliz de tener un hijo. Y lo que iba a favor de la felicidad materna contribuía a la felicidad de todos.

Esta vez Marie no sufrió ni sombra de depresión. En tres días, dejó de pensar en ello. Una semana más tarde, se reincorporó al trabajo en la farmacia sin dejar de ser una madre dedicada para Nicolas. Afirmaba que un permiso de maternidad le habría afectado anímicamente. Cuando por la noche recogía a sus hijos en casa de la abuela, se lanzaba sobre su bebé para cubrirlo de besos.

Un día la abuela hizo un aparte con Marie y le dijo:

—Tienes derecho a preferir a uno de tus hijos, pero no lo demuestres tanto. Es duro para la pequeña.

—¡Qué va! Ni siquiera se entera.

—No lo creas. Está muy adelantada para su edad, es de una precocidad que me deja boquiabierta.

—Decididamente, cuando se trata de Diane todo el mundo exagera —dijo Marie con la afilada expresión que la abuela reconoció.

«Sigue teniendo celos», suspiró la abuela.

Pero la pequeña no parecía sufrir por esa situación. Cuando la abuela la veía cubrir de besos a su hermano, la admiraba: estaba claro que Diane no tenía celos del recién nacido.

A Marie no le bastaba con ser feliz, quería mostrar su felicidad a los que le parecían menos favorecidos. Por ese motivo se acercó a su hermana mayor, a la que invitó a almorzar cada domingo con su familia. El infierno está empedrado de buenas intenciones; de igual manera, las intenciones más mezquinas pueden ser el origen de sinceras alegrías. Brigitte, que era una mujer buena y dulce, lo celebró y le dijo a su marido:

—La maternidad le sienta bien a mi hermana. Ha perdido su lado de niña mimada, ha recuperado el contacto conmigo. Me alegro de que sea así.

—Tienes razón, querida. Ya no la reconozco, la veo pletórica y encantadora.

En presencia de Brigitte, Marie estaba deslumbrante y no dejaba de pensar: «Ella que se ha casado con un semental y que tiene dos hijas feas y estúpidas, ¡cuánto debe de envidiarme!» En realidad, Brigitte, que estaba encantada con su vida, se alegraba del éxito de su hermana. Véronique y Nathalie adoraban a Diane y Nicolas. Alain y Olivier se llevaban de maravilla. Los almuerzos del domingo eran momentos de placer para todos.

Diane veneraba a sus primas, dos años mayores que ella: eran mellizas. Encontraba preciosas a esas chiquillas, que incluso se parecían en su manera de estar regordetas y de no dejar de sonreír. Y la tía Brigitte era tan amable que siempre se presentaba con una caja de bombones.

Un domingo, después del café, Brigitte le ofreció un segundo bombón a su sobrina, a la que le encantaban. Marie intervino:

—Ni hablar. Engorda.

—¡Vamos, Marie, si tu hija está delgada como un palo! —dijo Brigitte.

—Y se trata de que siga estándolo —zanjó Marie.

A Diane la estremeció el tono con el que su madre había reaccionado. El comentario era poco amable, pero el modo tan seco de hacerlo era peor aún, y su significado tampoco le pasó por alto: «No me gusta que mi hija disfrute.» Vio que la tía Brigitte también se había dado cuenta y que la había sorprendido. La niña odiaba que hubiera testigos de la dureza de su madre respecto a ella, ya que si en su fuero interno podía darse una explicación tranquilizadora, no podía comunicársela a otros ni iniciarlos en su cosmogonía, que, en este caso, se expresaba en los términos siguientes: «La diosa me quiere, solo que me quiere de un modo curioso, no le gusta demostrarme que me quiere porque soy una niña, su amor por mí es un secreto.»

La tía Brigitte, a escondidas de su hermana, abrazó a su sobrina y le susurró al oído:

—Tengo un bombón en la mano, toma, cógelo.

—No, gracias, tía, no me apetece.

La tía no insistió pero se quedó mirando a la pequeña con perplejidad.

Cuando Brigitte y su familia se marchaban, Marie siempre soltaba algún comentario despectivo: «Las gemelas han vuelto a engordar, ¿verdad?», o: «¿Habéis visto cómo devora Alain? Cualquiera diría que en su casa no le dan de comer.»

Olivier sonreía ante esas pullas, que le parecían reveladoras de las relaciones de afecto entre hermanas.

A los dos años y medio, Diane empezó a ir al parvulario. Estaba feliz. La maestra era amable y tenía el pelo largo, lo cual subrayaba su hermosura. No tenía el problema de la diosa, amaba tanto a las niñas como a los niños y lo demostraba sin ambages. Diane se portaba tan bien que la maestra la adoraba, la tomaba en brazos y la pequeña sentía la embriaguez del largo pelo acariciándole el rostro.

Por regla general, era la abuela la que recogía a Diane a la salida. La maestra le daba un beso en cada mejilla y le decía: «¡Hasta mañana, preciosa!» Ebria de felicidad, la pequeña se lanzaba a los brazos de su abuela.

A veces era mamá quien iba a recogerla. La transmisión de poderes entre ambas divinidades era más delicada. La maestra se acercaba para comentarle a Marie todo lo bueno que veía en Diane. No se daba cuenta de que la madre fruncía el ceño y su hija palidecía.

Un día, exasperada, su madre le dijo a Diane en el coche:

—No soporto a esa mujer, voy a cambiarte de escuela.

La niña aún tuvo fuerzas para declarar:

—En el comedor, no me dejó repetir de mousse de chocolate.

Eso hizo que mamá revisara su opinión, y ya no se habló más de cambiar de escuela.

Mientras tanto, Nicolas crecía y seguía los pasos de su hermana: guapo, inteligente, muy precoz, encantador. Diane veneraba a su hermano y se pasaba horas jugando con él: se inventaba que tenía un caballo, se subía a Nicolas a la espalda y galopaba. El niño se tronchaba cuando relinchaba.

Olivier le decía a su esposa que nunca podría agradecerle lo suficiente tanta felicidad. La niña pensaba que los celos no eran únicamente algo malo: sin ellos, ¿cómo habría sabido que su madre amaba a su padre? Por lo demás, se esforzaba por comprenderlo. Tenía que haber una razón. De no ser así, ¿cómo explicar que una diosa adornada con todas las virtudes pudiera rebajarse a semejantes consideraciones?

A los cuatro años, Diane amaba a su madre hasta el extremo de ser capaz de comprender el sentimiento de injusticia que ella experimentaba al no tener una vida a la altura de sus expectativas. Aunque su existencia había progresado, solo era una farmacéutica y no una reina, y por más que su marido fuera el más atento y entregado de los maridos, no era un rey. El amor de la cría por su madre era tan grande que podía llegar a imaginar lo que su nacimiento había representado para Marie: el final de su esperanza de ideal, la resignación. La llegada de Nicolas no había sellado lo que fuera, también era por eso por lo que mamá le demostraba su afecto.

Cuando veía a la diosa abrazando al pequeño mientras olvidaba hacer lo mismo con ella, Diane lograba superar su dolor y pensaba que algún día se convertiría en reina, no por ambición personal sino para poder ofrecerle la corona a su madre y resarcirla así de lo que la vida le había negado.

Todas las noches se acordaba de aquel abrazo sublime vivido cuando mamá estaba embarazada de Nicolas: cómo su madre la había estrechado, las palabras de amor que le había dicho, y con qué voz. Aquel recuerdo la hacía estremecer de felicidad. Y aunque sufría porque Marie no hubiera demostrado nunca más ese tipo de actitud hacia ella, había construido un mito alrededor de aquel abrazo y se sentía capaz de sacar el fervor y la energía necesarios para su ascenso hasta el trono.

Nicolas también fue al jardín de infancia y la primera maestra manifestó su alegría al reconocer en él tantas cosas de su querida hermana. A Diane le encantaba aquel fenómeno dinástico, que con razón suponía que duraría.

Mamá volvió a quedarse embarazada.

Nicolas anunció que tenía un melón en el vientre. Diane le explicó de qué se trataba.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me acuerdo de cuando tú estabas allí.

Diane rezó en secreto para que el nuevo bebé fuera un niño. Sería mejor para todos, empezando por él. Mamá también sería más feliz: cuando nació Nicolas, estaba resplandeciente.

Como no se podía excluir que fuera una niña, Diane preparó algunas estrategias: para compensar la frialdad de su madre, multiplicaría las demostraciones de afecto hacia la pobre pequeña. Ya que no se podía esperar que, de entrada, la infeliz hiciera gala de la fuerza anímica de su hermana mayor. Además, la eventual recién llegada tendría que sufrir la marcada preferencia de mamá por su hermano mayor: ¿cómo soportaría semejante injusticia?

Todos los niños rezan sin que sepan forzosamente a quién se dirigen. Poseen un vago instinto no ya de lo sagrado, pero sí de lo trascendente. Los padres y los abuelos de Diane no eran creyentes. Iban a misa para no contravenir el orden social. La niña le pidió a su abuela que la acompañarla a la iglesia. A la abuela le pareció normal y no puso reparo alguno.

Diane intentaba escuchar al párroco y enseguida se dio cuenta de que su discurso le resultaba incomprensible. Con indiferencia, juntó las manos y le suplicó a Dios que el tercer hijo de mamá fuera un niño. Cuando la abuela llevó a Diane con su padre, le dijo:

—Olivier, su hija ha rezado con un fervor que nunca había visto.

Papá estalló en una carcajada. La niña sintió vergüenza.

Durante una cena, Olivier le preparó a Marie unos huevos pasados por agua. Ella frunció el ceño.

—Y pensar que cuando estabas embarazada de Diane los pedías a todas

horas —dijo él.

—Sí. Y ahora, solo con verlos, siento arcadas.

La niña lo celebró: ¿no era esa la prueba de que el bebé no era una niña?

—Bueno. ¿Alguien quiere huevos? —preguntó el padre.

—Yo misma —dijo la mayor.

La experiencia le encantó: parecía que estuvieras comiendo un huevo duro pero no, la yema se derramaba, tenía un color infinitamente más hermoso y cálido. «Cuando mamá me llevaba en su vientre, los comía siempre», se repetía con fascinación. ¿Acaso era esa la razón por la que aquel manjar le producía un efecto semejante? Se estremecía de placer y de emoción.

—Es mi plato preferido —declaró.

Su imaginario mezcló ambas novedades. Cuando volvió a acompañar a su abuela a misa, la iglesia le pareció un gigantesco huevo pasado por agua en cuyo centro Dios se derramaba si ella rezaba con mucha intensidad: sentía que rebosaba de aquel color mágico. Asimismo, al degustar los huevos pasados por agua que su padre había tomado la costumbre de prepararle, primero empezaba por la clara, dejando la yema para el final, tan frágil que la contemplaba en el plato con admiración: era Dios, ya que no se derramaba. Pidió una cuchara con la intención de no destruir el milagro y poder llevárselo entero a la boca.

En junio, la maestra le dijo a la abuela que Diane ya estaba preparada para entrar en primaria:

—No será la única niña de cinco años y medio que cursa primero. Es muy inteligente y se porta muy bien.

Muy emocionado, el abuelo se unió a ellos, anunciando que el bebé acababa de nacer y que había que ir corriendo al hospital.

—¿Es un niño o una niña? —preguntó Nicolas.

—Una niña.

Mientras el coche arrancaba, ella sintió como su corazón se paralizaba a causa de la angustia. Rezó por su pobre hermanita, no sin antes pensar en la inutilidad de sus oraciones, que no habían impedido que Dios se equivocara de sexo con el tercer hijo.

Nada salió como estaba previsto. Mamá no estaba exultante de felicidad sino extática; como una Virgen sujetando al niño Jesús, les presentó a un bebé mofletudo y declaró:

—Esta es Célia.

Al contrario que sus dos hermanos mayores, que habían sido pesos pluma, Célia era rolliza como los bebés de los anuncios.

—¡Qué ricura más redondita! —celebró la abuela.

—¿Verdad que sí? —respondió Marie estrechando contra su pecho a la recién nacida.

Diane se dio cuenta de que algo iba mal. Cuando nació Nicolas, mamá se sentía feliz y quería a su bebé; esta vez, mamá se mostraba delirante de alegría y rebosaba de amor por Célia. La besaba como si fuera a comérsela. Como si estuviera poseída, no dejaba de repetir ay cuánto te quiero, tesoro mío.

Resultaba obsceno.

Nicolas corrió hacia su madre y preguntó si podía darle un beso a su hermanita.

—Sí, cariño, pero ten cuidado, no vayas a hacerle daño, es muy frágil.

Papá y los abuelos contemplaban aquella estampa con adoración. Nadie se dio cuenta de que Diane quedaba en un segundo plano, rígida, incapaz siquiera de pestañear. Hipnotizada por la escena, se dirigió en silencio a aquella por la que lo habría dado todo:

Mamá, lo he aceptado todo, siempre he estado de tu parte, te he dado la razón incluso cuando has cometido las más flagrantes injusticias, he soportado tus celos porque comprendía que esperabas más de la vida, he soportado que me echas en cara los elogios de otros y que me los hagas pagar, he tolerado que demostraras tu ternura por mi hermano cuando por mí no habías manifestado ni una pizca, pero lo que estás haciendo ahora no está bien. Solo me quisiste una vez, y entonces supe que no había nada mejor en el mundo. Creía que lo que te impedía manifestarme tu amor era que yo fuera una niña. Pero ahora, ante mis propios ojos, el ser al que ofreces el más profundo amor que jamás hayas manifestado es una niña. Mi explicación del universo se viene abajo. Y comprendo que, simplemente, apenas me quieres, me quieres tan poco que ni siquiera se te ocurre disimular una pizca tu loca pasión por este bebé. La verdad, mamá, es que si existe una virtud de la que

careces es el tacto.

Diane dejó de ser una niña en aquel mismo instante. Sin embargo, no se convirtió ni en una adulta ni en una adolescente: tenía cinco años. Se transformó en una criatura desencantada cuya obsesión fue no hundirse en el abismo que esa situación había abierto dentro de su ser.

Mamá, he intentado comprender tus celos, y en señal de gratitud abres ante mí el abismo en el que has caído, se diría que quieres que yo también caiga en él, pero no lo conseguirás, mamá, me niego a ser como tú, y puedo decirte que, aunque no haya caído en él, solo con sentir la llamada del abismo me duele tanto que podría gritar, es como la mordedura del vacío, mamá, comprendo tu sufrimiento, pero lo que no comprendo es tu falta de respeto hacia mí, en realidad no buscas compartir tu mal conmigo, y te da igual que yo sufra, porque ni siquiera lo ves, es la última de tus preocupaciones y eso es lo peor.

Había que disimular: Diane abrazó a Célia lo más calurosamente que pudo y nadie se dio cuenta de que su infancia acababa de morir.

El verano fue un infierno. No había escuela que sirviera de distracción. Cada día había que volver a tomar conciencia de aquella abyección, mamá que acudía a desayunar gorgoteando con Célia, a la que casi nunca soltaba, cada minuto había que luchar contra la llamada del abismo en el pecho, era preciso no odiar a ese bebé, que no era responsable de la depravación de aquel amor maternal, aunque ella no pudiera evitar notar cómo la complacía —pero quién podía garantizarle que en su lugar ella no habría hecho lo mismo—, era preciso no odiar a mamá, que se dejaba arrastrar por esos desbordamientos sin la más mínima sombra de pudor hacia su entorno, siempre aquella cruel falta de tacto.

Diane ya había demostrado que era capaz de comprender muchas cosas inhumanas. Que su madre prefiriera a su hermano lo había aceptado con una excepcional grandeza de espíritu. En general, los niños no aceptan no ocupar el primer lugar en el corazón materno, sobre todo cuando son los mayores. Pero Marie había pisoteado la dignidad de Diane de una forma tan exagerada que la pequeña no podría perdonarla jamás.

A mediados de agosto, cuando ya no podía más, Diane le suplicó a su abuela irse a vivir con ella.

—¿Qué te ocurre, tesoro? —preguntó la abuela.

La niña no pudo responderle. La abuela la miró a los ojos y vio que algo no iba bien. Como la quería, no le pidió explicaciones. Pero, dada la facilidad con que Marie aceptó confiarle a su hija mayor, adivinó muchas cosas.

Nicolas no tardó en intuir que algo iba mal. Su madre seguía queriéndolo, pero aquello no podía compararse con las manifestaciones de amor que le reservaba a Célia. Cuando vio que Diane le pedía asilo a su abuela, le comunicó a su hermana mayor que se quedaría en casa «para impedir que mamá se zampe a Célia como si fuera un pastelito de coco».

No era una metáfora: el exceso de amor de Marie por Célia evocaba el embeleso que experimentaban algunas santas del siglo XIII en el momento de recibir la hostia. Era gula sagrada.

A Olivier no le preocupó el deseo de su hija mayor de ir a vivir a casa de

sus abuelos: sabía que los adoraba, y que regresaría todos los fines de semana. Compartía la pasión de Marie por Célia: aunque no la viviera de una manera tan íntima, la recién llegada le parecía particularmente preciosa. Cuando su esposa estrechaba a la pequeña en sus brazos, él las abrazaba a las dos y se derretía.

Era un buen padre en el sentido de que quería profundamente a sus tres hijos y les demostraba su cariño. Pero sentía por su mujer un amor que lo cegaba: era incapaz de ver sus defectos y los sufrimientos que le infligía a Diane. Siempre encontraba el modo de justificar sus extravagancias domésticas de un modo razonable y aceptable.

Cuando su madre le preguntó que por qué su hija mayor pasaba la semana en casa de sus suegros, respondió que así le quitaba trabajo a Marie, que estaba muy ocupada con el bebé, y que Diane siempre había tenido una relación especial con los padres de su esposa. Y añadió que ya era mayor, que ya manifestaba su necesidad de autonomía.

Cuando su padre se sorprendió de que Marie no regresara a trabajar antes a la farmacia, cuando después del nacimiento de Nicolas había tardado tan poco, él respondió:

—No quiere tener más hijos. Así que es consciente de que está babeando por última vez y quiere disfrutarlo a fondo.

Babear: aquel ridículo verbo estaba muy lejos de expresar la dimensión de la conducta de su mujer. Solo el miedo al qué dirán hacía que se dignara poner al bebé en su cuna durante la noche, si no lo habría mantenido a su lado para dormir. Por la mañana, se despertaba con la obsesión de su retoño: corría hasta su pequeña cama y se apoderaba de su bienamada entre gemidos de ternura, mi bollito de chocolate, mi brioche calentito, y empezaba a comérsela a besos. Aquella devoción jamás se detenía. Cuando Marie se tomaba su café, entre dos sorbos, igual que otros le dan una calada a su cigarrillo, ella mordisqueaba la mejilla de su hija. A lo largo del día, hiciera lo que hiciera, siempre tenía a Célia junto a ella, casi siempre en la mochila canguro que le habían regalado por el nacimiento de Diane y que no había llegado a estrenar. Ahora aquel arnés le encantaba, ya que le permitía sentir permanentemente el amor de su vida contra el vientre.

Curiosamente, no le dio el pecho. Nunca había pensado en darle el pecho a Diane ni a Nicolas. En el caso de Célia, sí se lo planteó. En 1977, le pareció

que aquel procedimiento empañaría su imagen de madre moderna y que incluso a la pequeña le avergonzaría esa alimentación prehistórica.

La mochila canguro era un invento fantástico. Si no hubiera temido parecer una mamá desbordada, habría vuelto al trabajo en la farmacia con su niña encima de la tripa. Hasta ese punto le importaba dar la impresión de controlarlo todo, de ser una mujer realizada.

Eso no quita que para ella Célia fuera una forma de redención. Cuando tenía a su niña en brazos, dejaba por fin de verse a sí misma desde fuera. Por demencial que resultara su ternura materna, le permitió dejar de contemplar las cosas solo desde el ángulo del deseo que pudieran suscitar.

Marie no regresó a su trabajo en la farmacia hasta al cabo de dos años y medio, cuando Célia entró en el parvulario. Mientras que sus dos hijos mayores eran unos alumnos ideales, buenos y reflexivos, la pequeña resultó ser insoportable, porque estaba acostumbrada a que nadie le pusiera límites. La maestra se lo comentó a Marie, que se encogió de hombros.

Un día en el que Célia estaba sollozando a gritos y tirándose por el suelo en medio del aula, a la maestra se le ocurrió ir a buscar a Diane, que estaba en plena clase. La chiquilla enseguida comprendió la naturaleza del problema y siguió a su antigua maestra. Al entrar en el aula vio que su hermanita se comportaba como una bestia salvaje y se dirigió hacia ella con resolución.

—Venga, se acabó —le dijo—. Ya no eres un bebé, Célia. En el parvulario, uno no se comporta así.

La pequeña la obedeció en el acto. A partir de entonces, cada vez que le daba un ataque, llamaban a Diane para que acudiera en su ayuda.

Célia sentía veneración por aquella hermana mayor de ocho años, tan seria y tan hermosa. Diane sentía por aquella niña mimada un irritado afecto, que disimulaba tras la autoridad benevolente de una hermana mayor llena de sabiduría.

Solía comentarlo con Nicolas:

—Tú que estás con ella durante la semana, no dudes en interpretar tu papel de hermano mayor. Célia no tiene la culpa de que mamá esté loca por ella.

—Eso de que no tiene la culpa...

—Nunca ha conocido otra cosa.

Eso no quitaba que a Diane le costara controlarse cuando pasaba el fin de semana en su casa. Cuando veía a Célia asfixiada de amor en brazos de su madre, recordaba el abrazo de la que antaño fue su diosa y sentía que volvía a abrirse en ella el abismo de la desesperación.

Esperaba con impaciencia la llegada de su tía, el domingo al mediodía, que era la señal de la diversión salvadora. Y el domingo por la noche, cuando regresaba a sus dominios en casa de sus abuelos, respiraba: la prueba había terminado. Reanudaba su vínculo con la vida normal, a salvo.

Era una alumna excelente, apreciada tanto por los profesores como por sus condiscípulos, y una buena compañera, a la que no se le conocían enemigos ni amistades exacerbadas. Era una chiquilla equilibrada que disimulaba muy bien sus heridas.

Aunque lo hiciera sin premeditación alguna, le venía bien no tener ningún amigo de verdad. Había observado las costumbres de las de esa calaña: confiarse, ir a dormir los unos a casa de los otros, a veces incluso llegar a llorar en brazos del elegido. A Diane le gustaban tanto menos esas prácticas por cuanto no podía permitirselas. ¿Cómo habría podido confesarle a nadie su secreto?

A veces su abuelo intentaba tratar esa cuestión con ella:

—¿Sabes?, tu madre era una niña caprichosa. En la escuela no sacaba buenas notas y le recriminaban que siempre estuviera distraída. En casa, podía pasarse horas enfurruñada sin que comprendiéramos por qué. ¿Cómo quieres que se reconozca en ti, que eres la primera de la clase, que sonríes siempre y a la que todo el mundo quiere?

Diane no respondía. ¿Acaso era posible que hubiera una explicación para su sufrimiento? Su madre parecía no ser consciente de su crueldad. Parecía convencida de que era una madre excelente. Marie tenía ese rasgo de la gente ordinaria que consiste en proclamar auténticas barbaridades como: «A mí ya me conocéis, quiero ser justa», o: «Antepongo el amor por mis hijos a todo lo demás.» La chiquilla no dejaba de observarla cuando se dejaba llevar por ese tipo de declaraciones: su madre creía en lo que decía.

En su fuero interno, Diane pensaba que la gente estaba loca. Por motivos misteriosos, sus abuelos escapaban a la demencia colectiva. Le había acabado pareciendo que incluso su padre y su hermano participaban de ello: su padre no veía nada patológico en la actitud materna y su hermano se conformaba

con ella. En cuanto a los demás, es cierto, no era asunto suyo, pero ¿cómo era posible que no se sorprendieran de que, excepto en horario escolar, nunca veían a esa mujer sin Célia? Olivier se había conformado con disuadir a su esposa de llevar constantemente en brazos a una niña de cuatro años:

—Es malo para tu espalda, querida.

En el fondo, Diane lamentaba que su madre hubiera tenido en cuenta esa observación. Si hubiera seguido llevando en brazos en público a una niña excesivamente crecida, habría podido llamar la atención respecto a lo patológico de su comportamiento.

Había motivos para creer que la abuela le leía el pensamiento, ya que hizo este comentario:

—¿Qué podemos hacer? Tu madre no está lo suficientemente perturbada para que intervengamos. No es una buena madre para ti, ni para Célia. La ley no puede hacer nada al respecto.

Sobre todo porque Nicolas actuaba como un certificado de salud: con él, Marie se comportaba como una madre normal, afectuosa y moderada. ¿Cómo podría haberse calificado de tóxico un entorno familiar que había engendrado a un niño tan equilibrado?

El viernes por la noche, cuando Diane regresaba con su familia, su padre la abrazaba y la llamaba «mi princesa». Su hermano la besaba y le enseñaba sus nuevos tesoros: zapatillas deportivas, cómics, Duplos. Su madre se limitaba a farfullar: «Ah, eres tú», y seguía con lo suyo escoltada por su satélite, Célia. Esta veneraba a su hermana, pero no se atrevía a demostrarlo delante de mamá.

Cuando Diane interrogaba a Nicolas, él se limitaba a encogerse de hombros:

—Mamá está loca por Célia, eso es todo. Por lo demás, bien.

—¿Qué dice de mí cuando no estoy?

—Nunca habla de ti.

Cuando Célia cumplió seis años, Olivier decretó que ya no podía dormir en la misma habitación que sus padres. La instalaron en la habitación de Diane, donde a partir de entonces hubo dos camas.

Diane puso mala cara cuando tuvo que enfrentarse a los hechos consumados. La primera noche con Célia no resultó fácil. De entrada tuvo que soportar unas despedidas interminables entre la mamá y la niña de sus ojos: «No, mi amor, no te abandono. Solo será una noche, no durará mucho. Ahora ya eres mayorcita, ya no puedes dormir con papá y mamá. Tu hermana mayor cuidará de ti.» Todo ello repetido una decena de veces, con tantas lágrimas derramadas por parte de la niña como por parte de la madre.

Olivier acabó por ir a buscar a su esposa y afirmar que había que dejar dormir a las niñas. ¿Hace falta señalar que Diane no tuvo derecho ni a un simple «buenas noches» por parte de su madre?

Apenas se quedaron a solas, Célia se precipitó a la cama de su hermana.

—Mamá ha dicho que tenías que cuidarme.

—Déjame en paz, estoy durmiendo.

—Voy a gritar y mamá te reñirá.

—Adelante.

Deslumbrada ante una firmeza que le era desconocida, la pequeña se abrazó a su hermana mayor.

—Te quiero, Diane.

—¿Y ahora qué te pasa?

—¿Por qué no estás aquí durante la semana? Te quiero mucho. Me siento mejor cuando estás aquí.

—No sabes lo que dices.

—Sí, es verdad. Mamá me quiere demasiado, nunca me deja tranquila.

—Y a ti te encanta y siempre pides más.

—No sé qué hacer.

Diane sintió que aquellas palabras eran sinceras y se dio la vuelta hacia su hermana.

—Tienes que decirle que las cosas no pueden seguir así.

—Pero yo quiero a mamá.

—Pues claro. Precisamente por eso tienes que decírselo, porque la quieres. Tienes que decirle que debe dejarte tranquila, que te pone enferma con sus besos, que te impide crecer.

—Díselo tú.

—Si se lo digo yo, no lo entenderá. Tienes que ser tú.

—¿Y cuándo se lo digo?

—Cuando estés a solas con ella. Y ahora vuelve a tu cama.

—Por favor, ¿puedo quedarme a tu lado?

—Vale. Pero solo esta noche.

La pequeña se acurrucó contra su hermana mayor. Diane no pudo defenderse de tanta ternura. Había que admitir que Célia era un encanto. Se durmió abrazándola.

A la mañana siguiente, cuando su madre llamó a Célia para bañarla, Diane sospechó que su hermana elegiría esa ocasión para hablar con ella y se escondió detrás de la puerta.

—Mamá, tienes que dejarme tranquila —escuchó.

—Pero ¿qué estás diciendo, mi amor? —preguntó Marie con voz alarmada.

—Tienes que dejarme tranquila. Me pones enferma con tus besos.

—¿No te gustan mis besos?

—Sí, pero me das demasiados.

—Lo siento, mi amor —respondió la madre a punto de llorar.

Diane contuvo la respiración. ¡Había funcionado! Pero en ese momento escuchó:

—Ha sido Diane la que me ha dicho que te lo diga.

—¡Ah! Ahora lo entiendo. Tu hermana está celosa, eso es todo.

—¿Por qué está celosa?

—Porque no le doy tantos besos como a ti, mi amor.

—¿Y por qué no le das tantos besos como a mí?

—Porque ella es fría. Siempre lo ha sido. ¿De verdad te molestan mis besos?

—No, mamá, me encantan.

La hermana mayor, que ya había oído suficiente, se marchó, alterada. Se sentó en su cama pensando: «¿Yo, celosa? ¡Es el mundo al revés! Y si soy fría contigo, mamá, es porque me has obligado a serlo.»

A sus once años, Diane sintió que todo su universo se venía abajo. Hasta entonces, si había resistido era porque creía que su madre no era consciente de su sufrimiento. Y ahora descubría que, según su madre, ella era la culpable

de la ausencia de ternura con la que se la trataba. La acusación de estar celosa rozaba lo cómico, comparada con esta. ¿Cómo iba a seguir viviendo asfixiada por el sentimiento de una injusticia tan demencial?

Pasó el resto del sábado como una autómata. Por la noche, Célia volvió a su cama. Diane no se movió.

—He hablado con mamá.

—Lo sé, os he oído.

—Está mal escuchar detrás de las puertas.

—Tienes razón, ve a chivarte a mamá.

—Ha dicho que...

—Ya lo sé. Eres idiota, Célia, por haber dicho que todo era cosa mía. Has mentido. Tú eres la que has venido a quejarte. Nunca más confiaré en ti.

—¿Qué es la confianza?

—Es lo que tú no inspiras. Vuelve a la cama.

Célia lo hizo lloriqueando. Diane era consciente de que estaba siendo dura: ¿cómo iba a comprender este asunto una niña de seis años? Pero sufría tanto que lo que pudiera pasarle a su hermana pequeña le traía sin cuidado.

Unos días más tarde, volviendo de la escuela, Diane tuvo que sortear unas obras y se aventuró a ir por la calzada. Vio como un camión se le venía encima. Hipnotizada por el bólido, no se apartó. El camionero frenó demasiado tarde: la atropelló. Asustado, llamó a emergencias. Le contó al personal de la ambulancia la extraña actitud de la chiquilla, que por suerte no tenía nada serio.

Olivier fue el que recibió la llamada del hospital. Llegó a toda velocidad y abrazó a su hija.

—Tesoro, ¿qué ha pasado?

Diane dijo que se había asustado y que no había tenido tiempo de reaccionar y correr hacia la acera.

—Prométeme que a partir de ahora irás con más cuidado.

Uno de los médicos presenció este diálogo. Cuando Olivier le preguntó si podía llevarse a su hija, respondió que prefería tenerla en observación hasta el día siguiente. Cuando su padre se marchó, el doctor se acercó a examinar a la jovencísima paciente. Sintió que era lo bastante inteligente para poder hablarle sin rodeos.

—¿Quieres vivir o quieres morir? —le preguntó con una extrema gravedad.

Sorprendida, Diane abrió mucho los ojos. Sintió que la pregunta exigía una respuesta de verdad y se quedó pensando. Al cabo de un minuto, dijo:

—Quiero vivir.

El médico sopesó aquella declaración y acabó diciendo:

—Te creo. Mañana podrás marcharte a casa.

Diane pasó la noche en su cuarto de hospital, pensando en aquella conversación. El médico solo le había hecho una pregunta. La que ella nunca se había atrevido a hacerse a sí misma. Con solo observarla y oír su breve conversación con su padre, él había comprendido. Con una simple pregunta, había cambiado su destino, no solo porque ella había decidido vivir, sino también porque por fin tenía un objetivo: ejercer la misma profesión que

aquel hombre.

Sería médico. Observando y escuchando a la gente con atención, sondearía su cuerpo y su alma. Sin más cháchara que la de aquel médico la noche anterior, pondría el dedo en la llaga y salvaría a seres humanos. La rapidez de su diagnóstico sorprendería.

A los once años, descubrir que tienes una meta lo cambia todo. ¿Qué le importaba su infancia echada a perder? En adelante lo que deseaba era hacerse adulta para acceder al sublime estatus de médico. La vida conducía hacia algo importante, ya no se trataba de soportar absurdos tormentos, ya que incluso el sufrimiento podía servir para explorar el de los enfermos. Lo que hacía falta era crecer.

En el colegio, Diane vio como sus compañeros se entregaban a las primeras manifestaciones del amor. De la noche a la mañana, chicos y chicas que habían pasado años juntos jugando a la pelota empezaron a mirarse de un modo distinto. Al principio se produjeron vínculos de una simplicidad evangélica. Luego llegaron las rupturas, que inauguraron la era de la complejidad. Lo que rompía corazones no era el final de una historia sino la rapidez con la que el ex volvía a enamorarse. Algunos, por pura diplomacia, disimulaban su juego. La situación se volvía engañosa. Todo era un disparate.

Fue así como empezaron los chismorreos. ¿Quién estaba liado con quién? Sin embargo estaban seguros de haber visto a Fulano besando a Mengana. Sí, pero eso fue ayer. Entretanto, habían pasado muchas cosas.

Diane se preguntaba si al final su madre no había acabado teniendo razón al calificarla de fría. Observaba esas artimañas desde arriba. Cuando sus amigas le hacían confidencias, ella decía: «¡Pero no te das cuenta de que es puro teatro!» Sus amigas respondían: «¡Ya verás cuando te toque a ti!»

Como era la chica más guapa de la clase, atraía a los pretendientes. A todos los despachaba con un sinfín de calabazas. Invertía la mayor parte de su tiempo en estudiar. Se la veía siempre en la biblioteca, consultando libros de biología de dimensiones desalentadoras.

Sus abuelos estaban un poco preocupados:

—Eres tan seria... Deberías salir a divertirte con tus amigas.

—No me gusta divertirme. Me parece aburrido.

—Con tantos libros te acabarás marchitando.

—No me parece que me esté marchitando.

En efecto, a los catorce años, cada mañana, su belleza impactaba todavía más. Sin verse afectada ni por el acné ni por las hinchazones propias de la adolescencia, crecía en esbeltez y sabiduría. Los que no la conocían creían que hacía ballet debido a que el más mínimo de sus gestos parecía la expresión de una coreografía. Siempre iba muy arreglada, su melena negra recogida en un moño. A la edad en que a las chicas les parece muy guay ir a

clase con unos tejanos agujereados y una camisa de leñador, ella llevaba el estricto atuendo de las bailarinas clásicas de ciudad.

—Eres casi un coñazo —le dijo Karine, que se consideraba su amiga más lúcida.

—¿Por qué casi? —fue la iluminante respuesta de Diane.

Derrotadas, las adolescentes la respetaban, aunque le dirigían cada vez menos la palabra. Pero ya nadie se atrevió a burlarse de ella, ni siquiera en secreto: algo en ella suscitaba temor y desalentaba la mezquindad.

Su madre seguía siendo la única a la que no seducía. El progreso consistía en que Diane ni tan solo intentaba gustarle. Los fines de semana, cuando se veían, intercambiaban un simple saludo de cortesía. No es que la joven hubiera alcanzado el nivel de indiferencia con el que soñaba y que le habría ahorrado el sufrimiento, ni tampoco que Marie hubiera dejado de experimentar arrebatos de celos con cada halago dirigido a su hija mayor, sino que su relación convertía a cada una de ellas en simple espectadora y en ningún caso en interlocutora.

El amor de Diane por sus abuelos no había dejado de crecer, en la misma medida en la que ellos empezaban a marchitarse. La abuela tosía a todas horas, y el abuelo tenía un nivel de colesterol más que preocupante. Ella lamentaba no ser médico todavía para poder curarlos. Temía por su muerte y temía no estar licenciada cuando se produjera el drama.

El ingreso en el instituto le cambió la vida. Por primera vez había caras nuevas. Diane se fijó en una joven rubia de hermoso y altivo rostro. Karine le susurró al oído: «¡Mira a esa pija!» Llevaba una camisa blanca y unos pantalones de franela gris, como si estuviera obligada a llevar alguna clase de uniforme. Cuando llegó el momento de presentarse, la desconocida habló con una voz grave que a Diane le pareció increíblemente elegante:

—Élisabeth Deux.

La declaración fue recibida con risas y chillidos. El profesor suspiró.

—Su nombre de verdad, señorita.

—Es mi verdadero nombre. Mis padres se llaman señor y señora Deux. Y como no les falta humor, me bautizaron como Élisabeth.

—¿Y esa es la razón por la que te crees la reina de Inglaterra? —gritó alguien.

—Bravo, solo eres el número 355 en hacerme ese comentario —dijo ella sonriendo.

Diane experimentó algo desconocido: su alma se expandió a causa del entusiasmo y la admiración. Lamentó tener catorce años y medio, lo que no le permitía acercarse simplemente a Élisabeth y decirle: «Somos amigas, ¿vale?» Fue necesario superar largos esfuerzos e ignorar desplantes. Cada vez que le hacía una pregunta, la joven rubia respondía con simples monosílabos.

—No insistas —le dijo Karine—, no somos de su mundo. ¡No sé qué le ves a esa idiota! ¿Estás enamorada?

—Eso es —suspiró Diane levantando la mirada hacia el cielo.

Élisabeth venía del otro colegio de la ciudad, mucho más distinguido, en el que su madre ejercía de profesora de matemáticas. Su padre era primer violinista de la Ópera. Perteneecía en efecto a otro mundo y no hacía nada para disimularlo.

—¿No te resulta molesto frecuentar a paletos como nosotros? —le preguntó con desdén un chico de la clase.

—No más de lo que a ti te molesta frecuentar a una aristócrata como yo —respondió ella.

Aquellas réplicas dejaban a Diane boquiabierta. En efecto, ¿cómo se atrevían a esperar la amistad de una persona tan excepcional en espíritu y audacia? El vago afecto que sentía por Karine no tenía nada que ver con el impulso que la arrastraba hacia Élisabeth. Sabía que no se trataba de amor, porque aquello no le dolía tanto como le dolía lo que sentía por su madre. El resentimiento de no gustarle a Élisabeth solo le daba ganas de luchar por ganársela.

Karine, que se moría de celos, le dijo que el lugar ya estaba ocupado:

—Su mejor amiga es la hija del director de orquesta de la Ópera. No tienes ninguna posibilidad.

—¿Cómo se llama?

—Véra —respondió ella para subrayar la apabullante superioridad de su rival.

Al salir del instituto, Diane vio a Élisabeth lanzándose al cuello de un enorme pibón rubio al grito de: «¡Véra!» Decidió que no todo estaba perdido.

Optó por ir a por todas. En cada descanso, se acercaba para sentarse junto

a Élisabeth. Un día, con extrema seriedad, le dijo:

—Sabes, la nube de Chernóbil no se detuvo en la frontera.

—¿Por qué me hablas de eso?

—Seguro que nuestra esperanza de vida se ha visto reducida por culpa de la radiación. Seamos amigas.

—No veo la relación entre ambas cosas.

—En este instituto, siempre parece que te estés aburriendo. Sería una lástima que malgastaras el tiempo de una existencia tan corta. Conmigo no te aburrirás.

Élisabeth estalló en una carcajada. Se hicieron inseparables. Diane se atrevió a confesarle su secreto. La joven rubia la escuchó en silencio y suspiró. Por fin le preguntó:

—¿Por eso vives en casa de tus abuelos?

—Sí.

Al desaparecer la omertá, Diane aceptó la invitación de Élisabeth para ir a su casa. El señor y la señora Deux adoptaron a la nueva mejor amiga. Élisabeth era hija única: «Eres su hermana», le dijeron los padres. Las adolescentes se pasaron toda la noche hablando. Diane tuvo el tacto de no hacer preguntas respecto a Véra, de la que nunca más se supo.

A la abuela le encantó aquella nueva amistad:

—¡Por fin te comportas como una chica de tu edad! Ya puedo morirme tranquila.

—No tiene ninguna gracia —respondió Diane con furia.

En efecto, no fue graciosa, pero sí profética. Al día siguiente, el coche de sus abuelos chocó contra un camión cuyo conductor se había dormido al volante: murieron en el acto. Diane estaba en el instituto cuando se enteró. Se desmayó.

Cuando se despertó, estaba en el hospital. El médico, al que no había vuelto a ver desde los once años, estaba junto a su cama.

—Llevas una semana aquí. Has tenido cuarenta y uno de fiebre y convulsiones. Nunca he visto a nadie reaccionar al luto de un modo tan violento.

—Mis abuelos lo eran todo para mí.

—No ha sido posible esperar a que despertaras para enterrarlos. Mejor

así: no lo habrías soportado.

Diane lloró desconsoladamente.

—¡Ni siquiera he podido despedirme de ellos!

—Podrás rendirles tu respeto junto a la tumba. Hay otra cosa, jovencita. Me acuerdo de ti. He tenido la oportunidad de hablar con tu mejor amiga y tu familia. No volverás a vivir con tus padres. Los padres de tu amiga están dispuestos a acogerte.

—¿Cómo se lo han tomado mi padre y mi madre?

—Tu padre pareció algo herido. Tu madre solo declaró que no estaba sorprendida y que era mejor que no volvieras a casa los fines de semana. No te preocupes, tu amiga me lo ha contado.

Diane puso unos ojos como platos.

—¿Cree que mi madre me odia?

—No. Tu madre solo sentía celos del vínculo que tenías con sus padres. Los quería mucho. Será mejor, tanto para ella como para ti, que no tengas que relacionarte con ella durante un tiempo.

—Así que pierdo al mismo tiempo a mis abuelos, a mis padres, a mi hermano y a mi hermana.

—A tu hermano lo verás en el instituto. Y a tus padres ya volverás a verlos. Un día la relación con tu madre dejará de ser tóxica. Mientras tanto creo que resultaría peligroso relacionarse demasiado con ella.

—¿Y mi hermana?

—Estoy al corriente del exceso de atención que padece. Ninguna ley prohíbe sobreproteger a un hijo hasta ese extremo, pero en cierto sentido da más lástima que tú.

El señor y la señora Deux acogieron a Diane con el mismo afecto que le habían manifestado hasta entonces: era la hermana de su hija y, por tanto, era su hija. Diane tenía su habitación, junto a la de Élisabeth.

Empezó una nueva vida. Por lo menos tres noches por semana, las jóvenes iban a la Ópera para asistir a los conciertos.

—¿Por qué no ibas antes de conocerme? —preguntó Diane.

—Me parecía que era una obligación. Contigo es un placer.

En el instituto empezaron los cotilleos. Los compañeros de clase las

llamaban las bolleras. A las aludidas no les preocupaba lo más mínimo. Diane perdió algo de su prestigio, Élisabeth ganó mucho.

El señor Deux convenció a su nueva hija de que aprendiera a tocar el violín. Si bien era un artista excelente, se reveló como un pésimo profesor; Diane, en cambio, demostró más celo que talento. Las pocas veces en las que logró arrancar de su instrumento un sonido conmovedor, estalló en sollozos convulsivos. La experiencia no duró mucho.

A veces era capaz de percibir la belleza de su vida actual, la armonía que experimentaba en casa de los Deux, la lejanía de sus pruebas de antaño. Pero solo era para recaer gravemente cuando veía a su hermano en el instituto o cuando su padre, que estaba claro que no había entendido nada de la situación, iba a esperarla a la salida de las clases y la abrazaba durante largo rato, con actitud dolorida.

Pasaron los años sin que ella lograra superar el luto por sus abuelos. Un día que deseaba mostrarles sus respetos junto a la tumba, le impresionó distinguir allí a su madre llorando. Se escabulló sin que la viera, pero el sufrimiento de volver a verla fue tan intenso que se dio cuenta de la gravedad de los destrozos que había provocado en su alma.

Solo el trabajo estaba libre de peligros. Se entregó a él. Se sacó el bachillerato con la mención más alta y se matriculó en medicina en la universidad de la ciudad, que gozaba de buena reputación. Como no quería deberle nada a nadie, buscó un trabajo de estudiante para el verano.

Élisabeth lamentó que no los acompañara en sus vacaciones, al contrario que los anteriores veranos. Ella misma se había matriculado en derecho, pues deseaba convertirse en abogada.

Desde que empezó la universidad, Diane mantuvo un ritmo inhumano. La facultad de medicina le proporcionaba acceso a empleos adicionales mejor remunerados que le robaban una increíble cantidad de energía.

Élisabeth se quejaba de que apenas pasaba tiempo con su amiga y se dedicó a los romances propios de su edad. Logró arrastrar a Diane a varias salidas nocturnas en las que se aburrió de lo lindo.

—Tu amiga es muy guapa, pero pone mala cara todo el rato —le comentaban a Élisabeth.

—Es para hacerse la interesante —respondía.

Y despertó interés. Se le amontonaban los pretendientes; se trataba de ver cuál de ellos lograba arrancarle una sonrisa. Ninguno lo consiguió.

Élisabeth tuvo un asunto algo más serio con un tal Hugues. Descuidó a Diane, que lo vivió con tristeza; por despecho, tuvo un lío con un tal Hubert, del que no estaba enamorada. Hubert estaba loco por aquella chica hermosa, tan distante y misteriosa. Cuando hacían el amor, era como si ella no estuviera presente. Eso le hizo sufrir y sentirse más enamorado si cabe.

—No te quiero —le dijo ella una mañana antes de marcharse a clase.

—Todo llegará —le respondió él con una expresión sombría.

Pero no llegó. Tres años más tarde, Diane tuvo el coraje de dejarlo.

—¿Cómo has podido estar tanto tiempo con un hombre al que no querías?
—preguntó Élisabeth.

—Da igual él que otro cualquiera —fue la única respuesta de Diane.

—Mira que eres rara. ¿Y entonces por qué has roto con él?

—Porque no puedo evitar esperar algo mejor.

A Élisabeth le pareció una respuesta tranquilizadora, pese a que no veía cómo su amiga, que trabajaba doce horas diarias, podría vivir un día el gran encuentro.

En séptimo año de medicina, en el momento de convertirse en interna, Diane eligió cardiología. Una de sus profesoras, la señora Aubusson, le causó una impresión inmensa.

Extraordinariamente elocuente, la señora Aubusson era un modelo de rigor y de inteligencia. Allí donde los otros profesores irritaban a Diane por su ambigüedad artística o los alardes de sus clases, la señora Aubusson demostraba una precisión y una seriedad sin parangón en la universidad.

La joven enseguida se dio cuenta de que asistía a las clases de la señora Aubusson con mucho más que interés; lo que experimentaba al escuchar sus exposiciones tan brillantes se aproximaba a la pasión.

La profesora, que podía rozar la cuarentena, era una mujer bajita y pelirroja de rostro hermoso e imponente. Vestía su cuerpo menudo con austeros trajes pantalón que realzaban el brillo de su pelo. Al hablar, sus ojos se iluminaban y se convertía en la persona más seductora que pudiera imaginarse.

Diane tomó por costumbre esperarla a la salida de las clases para manifestarle su entusiasmo. Halagada por los cumplidos de una chica de belleza superior, la enseñante le expresó su simpatía y le propuso salir una noche a tomar algo.

—Llámeme Olivia —le dijo tras unos minutos de conversación.

—No sé si seré capaz de llamar a un profesor por su nombre.

—En clase quizá no. Pero aquí sí puede hacerlo. Además, yo no tengo el título de profesor titular.

—¿Y a qué se debe que no lo tenga?

—Es una historia larga y más bien aburrida. Al final, es mejor así. Fíjese en Michaud, en Salmon, en Pouchard: todos son titulares. ¿De verdad cree que quiero parecerme a ellos?

Diane rió.

—¡Menudos inútiles! —dijo.

—Yo no diría tanto —retomó Olivia—. Digamos que el mandarinato se les ha subido a la cabeza y que eso no les ha hecho ser mejores.

Y entonces se lanzó a imitar el fraseo solemne y vacuo de Yves Pouchard, profesor de cirugía vascular, que arrancó lágrimas de hilaridad a la joven.

—Pues sí, eso es lo que ocurre cuando estás obsesionado por los honores —concluyó Olivia—. A mí lo que me obsesiona es formar a buenos profesionales, inculcarles el rigor. Me sublevan las aproximaciones que algunos se permiten en nuestra especialidad. Si los ingenieros nucleares se formaran igual que los cardiólogos, tendríamos un Chernóbil cada día. Porque a mí me parece que el corazón se merece tanta seriedad, sino más, que la radiactividad, ¿no le parece?

Diane había dejado de escucharla. No había vuelto a pensar en Chernóbil desde el día en que pronunció ese nombre para ganarse la amistad de Élisabeth. ¿Acaso no resultaba extraño que en los albores de una nueva amistad importante en su vida resurgiera la mención de esa catástrofe?

—Parece que lo que le cuento no le interesa demasiado —observó Olivia—. ¿Y usted por qué eligió cardiología?

—Fue una decisión en dos fases. A los once años decidí que estudiaría medicina después de conocer a un médico extraordinario. Respecto a la cardiología, ya la aviso: mis motivos le parecerán idiotas.

—Adelante.

—Fue una frase de Alfred de Musset, que me impresionó: «Golpéate el corazón, ahí es donde reside el genio.»

Madame Aubusson se quedó paralizada.

—Ya la avisé —dijo Diane, muy avergonzada.

—No, qué va. Me parece magnífico. Nunca había oído esa frase ni una motivación tan sorprendente. «Golpéate el corazón, ahí es donde reside el

genio.» Alfred de Musset, ¿es eso?

—Sí.

—¡Qué tipo! ¡Qué revelación! ¿Pues sabe que tenía razón? ¡Se trata de un órgano que no tiene nada que ver con los demás! Comprendo que los antiguos vieran en él la sede del pensamiento, del alma y de ese tipo de cosas. Llevo más de veinte años observando el corazón y cada día me parece más misterioso y genial.

—Temía que fuera a burlarse de mí.

—¿Bromea? ¡Por una vez que uno de mis alumnos tiene cultura! Ya me gustaría tenerla a mí.

—No soy demasiado culta, sabe. Pero siempre me ha gustado leer.

—Ya me enseñará. Es fabuloso: la acabo de conocer y ya me está enriqueciendo.

La velada siguió en ese mismo tono. Al regresar a casa, Diane estaba en trance: nunca nadie la había entusiasmado tanto. Que aquella mujer superior se interesara por ella y llegara a hacerle creer que podría enriquecerla la perturbaba. ¡Tenía que ser muy generosa para sugerirle algo semejante!

Al día siguiente, la profesora la telefoneó.

—¿Almuerzo en la cantina?

—Igual que usted, creo.

—¿Qué le parecería almorzar conmigo en el restaurante de la esquina?

Diane aceptó encantada. En el restaurante, Olivia pidió una ensalada, que comió sin apetito. La joven no se atrevió a pedir nada más y no se arrepintió: estaba tan emocionada que le costaba tragar.

La señora Aubusson le hizo muchas confidencias. Le habló de lo difícil que resultaba ser mujer en ese ámbito:

—Entre un estudiante y un profesor, no sé quién es más machista.

—¿Eso ha tenido algo que ver con el hecho de que no tenga plaza de profesora titular?

—Probablemente. Tanto como el hecho de que tuve un hijo, hace diez años. Nunca me lo han perdonado. Pero si no hubiera tenido un hijo, me habrían juzgado todavía con mayor severidad. Ni siquiera cuando enseñas en la universidad te libras de las mentalidades provincianas.

—¿Siempre ha vivido aquí?

—Sí. Le confieso que me siento muy unida a nuestra ciudad. Yves Pouchard, en cambio, solo tiene un sueño, irse a París. ¿Se lo imagina en la Descartes, leyendo esas notas que siempre parece que esté descubriendo por primera vez, hasta el punto de que va acumulando meteduras de pata? ¡Un día, durante una conferencia, habló de análisis sanguíneos!

—¿De verdad?

Olivia tenía mil anécdotas similares que contar. Aquellos almuerzos se convirtieron en una costumbre. Cuando ambas mujeres llegaban al restaurante, ya no hacía falta que hicieran su pedido: les servían inmediatamente dos ensaladas y una botella de agua mineral. A Diane aquello le parecía un poco frugal pero no lo habría cambiado por nada en el mundo.

Su relación con la profesora daba sentido a su vida. Quería parecerse a ella y, al mismo tiempo, formar parte de su equipo. Lo que le reprochaban desde niña, su seriedad, su rigor, lo que su madre había llamado frialdad, por fin era valorado. Diane se mostraba exultante cada vez que Olivia hacía gala de esas virtudes.

A veces en clase oía a los alumnos murmurar: «Aubusson, no parece muy simpática», o: «Con ella, poca broma.» Se obligaba a sí misma a callar. Si no se hubiera contenido, habría dicho: «Olivia Aubusson es una inmensa especialista en el corazón. No está aquí para ser simpática. Cuando estás a ese nivel, no hace falta ser simpático. Además, os sorprendería descubrir lo divertida que es.»

Sin embargo, su complicidad no había pasado inadvertida y suscitaba algunos sarcasmos previsibles, tanto desde el lado académico como desde el lado de los internos.

—Es porque es usted guapa —dijo Olivia riendo.

—Usted tampoco está mal.

—¡Por fin alguien me lo dice!

—No debo de ser la única.

—¿Quién más?

—No lo sé. ¿Su marido?

—Stanislas es un investigador matemático. No suele decir ese tipo de cosas.

Diane ardía en deseos de preguntarle por su vida. El temor de resultar indiscreta se lo impedía. Todo lo que tenía que ver con Olivia le parecía prodigioso.

Un día, al salir de la universidad, vio a una mujer esperándola. De entrada no la reconoció.

—¿Diane, eres tú? Pero si estás hecha una auténtica belleza —dijo la mujer.

—Mamá —dijo la joven, petrificada.

Llevaba diez años sin ver a su madre. No había tenido ni el deseo ni el tiempo de hacerlo. A veces se encontraba con su padre, siempre a petición suya, y solo conseguía sentirse más triste todavía por su distanciamiento, sin cuestionar jamás la actitud de su mujer. ¿Qué le había ocurrido? Parecía apagada, sin edad, con el rostro devastado.

—¿Podemos hablar? —preguntó su madre.

Fueron a un café.

—¿Qué ocurre?

—Célia se ha marchado.

Marie rompió a llorar y sacó una carta de su bolso.

—Tu hermana ha tenido un hijo. ¿Lo sabías?

—Algo he oído —respondió Diane encogiéndose de hombros.

—Fue el año pasado. Nunca quiso decirme quién era el padre. No me sorprendería que no lo supiera. Desde que cumplió los dieciocho, Célia empezó a salir a todas horas, a beber mucho. Se rumoreaba que tenía un montón de relaciones, con hombres mayores que ella.

—Ahórrame los chismes, ¿de acuerdo?

—En resumen, que ha tenido una hija, Suzanne. Se marchó hace una semana sin decir adónde iba y me ha dejado a la pequeña.

Sin dejar de llorar, Marie le entregó a Diane la carta que sostenía entre las manos temblando.

Mamá:

Siento que estoy cometiendo con Suzanne los mismos errores que tú cometiste conmigo. La quiero demasiado, no puedo evitar tenerla siempre en brazos, cubrirla de besos. No deseo que mi hija se convierta, igual que yo, en una ruina sin voluntad, que solo sirve para acostarse con cualquiera. Además, tengo veinte años y quiero que mi vida comience.

Así que me marchó, lejos, sin decirte adónde voy. Te dejo a Suzanne. He observado que la querías, sin delirios respecto a ella como los que siempre tuviste respecto a mí. Puede que finalmente seas para mi hija lo que nunca fuiste para las tuyas: una buena madre.

Diane se quedó helada largo rato, con la cabeza inclinada hacia la carta, sin saber qué decir.

—Lo que está haciendo es maravilloso —logró murmurar.

—¿A ti te lo parece? —dijo Marie entre lágrimas—. ¡Y yo que venía a pedirte que fueras a buscarla!

—¿Te has vuelto loca? Nunca haría nada parecido. En primer lugar, porque lo apruebo. Y en segundo lugar, porque, aunque no lo aprobara, ella ya es adulta.

—¿Cómo puedes aprobarlo?

—No quiere repetir tus errores. Es una razón jodidamente buena. No quiere asfixiar a Suzanne con las toneladas de besos y mimos con las que la agobiaste tú durante su infancia y adolescencia.

—Era porque la quería, ¿qué hay de malo en eso?

—Algo malo habría para que ella se queje tanto. Se me quejó a mí cuando era pequeña. Yo le dije que lo hablara contigo. Lo intentó, pero la manipulaste hasta convencerla de que todo era cosa mía.

—No es verdad.

—Mamá, estaba detrás de la puerta del baño, lo oí todo.

Diane miró a su atónita madre y se dio cuenta de que no estaba mintiendo: lo había olvidado.

—¿Así que he sido una mala madre?

—No con Nicolas. Él está muy bien. Suelo cruzarme con él en la universidad.

—A ti también parece que las cosas te van bien.

—No, no estoy bien. Soy fría, ¿lo recuerdas?

—Sí. Siempre lo fuiste.

—No. No lo era de pequeña. Me obligué a serlo para poder soportarte.

—Nunca te maltraté.

—Mamá, me fui de casa cuando tenía quince años.

—Sí. Nunca entendí por qué.

—Sin embargo, le contaste a todo el pueblo que no superaba la muerte de mis abuelos. ¿Nunca sospechaste que me fui por tu culpa?

—No. ¿Fue culpa mía?

Diane volvió a constatar que su madre no mentía. En la universidad y en el hospital, ya había observado la espantosa capacidad de olvido de la gente: olvidaban lo que no les convenía, o más bien olvidaban cuando les convenía, es decir, a menudo. En este caso, sentía la intensidad del sufrimiento de su madre y la sinceridad de su olvido.

—¿Sabes que la amnesia no es ninguna excusa, mamá?

—¿Una excusa para qué? —dijo Marie, que ignoraba incluso sus olvidos.

La joven sintió la tentación de contárselo todo. La detuvo el miedo a ir demasiado lejos. No sabía si ese demasiado lejos implicaba el riesgo de matar a su madre, pero sabía que ningún acto ni ninguna palabra lograrían aliviarla. Al contrario, en lugar de liberarla, su confesión la hundiría, puede que para siempre, en el infierno de su infancia, del que tanto le había costado escapar.

¿Marie podría haberse comportado de un modo distinto? Diane creía que no. Su madre no era lo bastante inteligente, le resultaba imposible rectificar. ¿De qué serviría dedicarle reproches a una persona incapaz de analizarlos, y más aún con tantos años de retraso?

La mujer que la miraba con dolorosa curiosidad le pareció inocente. Lo que la absolvía no era ni la prescripción ni el olvido, eran sus propios demonios. Diane recordó el abismo en el que había estado a punto de caer cuando vio a su madre amamantar a Célia con el mismo exuberante amor del que le había privado deliberadamente a ella. Marie, en cambio, vivía en ese abismo. Que hubiera caído en él por su absurda estupidez no atenuaba la tragedia de su destino. Lo que le había infligido a su hija mayor solo era la expresión de un narcisismo deformado del que no parecía ser consciente.

—¿Sigues teniendo celos, mamá?

—¿De qué me hablas?

Así que la inconsciencia de su madre llegaba hasta ese extremo. Dicho lo cual, si ignoraba haberlos tenido, quizá también ignoraba que se había curado de ellos. ¿Cómo saberlo?

—¿Es Célia tan guapa como eras tú? Hace diez años que no la veo.

—Oh, sí —dijo Marie—. ¡Se ha convertido en una joven muy guapa! ¡Estoy muy orgullosa! Y, sin embargo, debo decir que tú eres aún más guapa —añadió sin que Diane observara ningún pliegue de amargura en la comisura de sus labios—. ¿Y si regresaras a casa? Solo tienes veinticinco años,

podríamos intentar recuperar el tiempo perdido.

«Sigue siendo igual de estúpida», suspiró Diane para sus adentros. «Está claro que le gustaría que yo fuera a hacer de sustituta provisional ahora que Célia ha huido.»

—Es demasiado tarde, mamá —dijo ella simplemente.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Sabes que estoy interna. Mi vida transcurre en gran parte en el hospital.

—Parece que se te ve mucho con una mujer de mi edad. Una profesora.

—¿Vuelves a las andadas con tus chismes?

—¿Quién es?

—Es profesora de cardiología. Se llama Olivia Aubusson.

—¿Olivia? Es curioso. Es el nombre que había elegido para ti.

—¿De verdad?

—Sí. Tu padre no quiso.

—Tengo que irme —dijo Diane, que ya había oído suficiente—. Sé una buena madre para Suzanne, mamá.

—Por supuesto —respondió Marie como si eso resultara evidente—. Adiós, hija mía.

¡Cómo lamentó Diane estar de guardia aquella noche! Necesitaba contárselo a alguien. ¡Si por lo menos hubiera podido ver a Élisabeth! «La parte buena es que tampoco habría podido dormir. Así que, ya puestos, mejor trabajar.»

Permaneció durante horas al pie de la cama de una anciana que tenía terror a la soledad.

Tempestad en el cráneo: lo que su madre le había dicho se mezclaba hasta el extremo de que comentarios insignificantes le parecían contener un peligroso sentido oculto. Habría sido incapaz de determinar qué le causaba más dolor: si el sufrimiento presente de la que había sido su diosa o la negación del infierno de su infancia. Diane no pertenecía a la categoría de aquellos que ven en el suplicio de sus verdugos una forma de expiación. Aun cuando aprobaba lo que hacía Célia, le parecía terrible que tuviera que fugarse y abandonar a su hija para no convertirse en alguien dañino para ella. En cuanto a la propuesta de volver al redil de Marie, le ofendía como una horrorosa ironía del destino.

¿Estaba loca si veía en la alusión de su madre a la edad de Olivia, idéntica a la suya, una forma de sarcasmo? Y, por otra parte, ¿cómo compararlas? Marie tenía la edad de las derrotadas; Olivia, la de las conquistadoras. Por último, la revelación sobre el nombre que había estado a punto de llevar le daba náuseas.

En mitad de la noche, deseó poder hablar de todo eso con Olivia. Una hora más tarde, se juró a sí misma que no lo haría: lo que estaba viviendo con esa mujer superior no tenía nada que ver con una amistad hecha de confidencias, no porque no tuviera confianza en ella, sino porque la habría avergonzado admitir una debilidad como esa. ¿Quién era el escritor que decía que cada existencia se reducía a un miserable montoncito de secretos? Era imposible que compartiera su montoncito de secretos con Olivia. Quería ascender hasta ese nivel, y no invitar a su amiga a chapotear en la ciénaga de su pasado.

En definitiva, que habría preferido que aquella conversación con su madre no se hubiera producido. *Home is where it hurts*: debido al dolor que experimentaba, se daba cuenta de que había vuelto al hogar de su infancia.

A las seis de la mañana terminó la guardia. Las clases empezaban a las ocho, no tendría tiempo para dormir. Siguió las clases como una zombi y se reunió con Olivia para comer.

—¡Menuda pinta de muerta viviente! —dijo esta última.

—He tenido guardia toda la noche.

—Normalmente nunca tiene esa cara al día siguiente.

Diane sintió que estaba a punto de romperse. Con el fin de no llegar a ese punto, se puso a hablar de un tema radicalmente distinto:

—Olivia, he estado pensando: tiene usted que obtener la acreditación a cátedra.

—¿Qué mosca le ha picado?

—Llevo tiempo pensando en ello.

—¿Y por eso esa pinta de cadáver?

—No deja de bromear al respecto. En realidad, se ríe para no llorar. ¡Es tan injusto que no sea profesora titular!

—Me importa un bledo.

—Si de verdad no le importara, no hablaría tanto de ello.

—Solo lo hago para denigrar a los que sí lo son.

—Precisamente. Usted sí merece serlo.

—Déjelo ya, no sabe dónde se está metiendo. Para solicitar la acreditación a cátedra es necesario haber publicado una docena de artículos. Sería incapaz de publicar ni siquiera uno.

—Pues no será porque le falten temas, ni talento para escribir sobre ellos.

—Las revistas que importan para la habilitación son americanas. Hay que enviar un artículo en inglés, en soporte informático. Dos obstáculos infranqueables para mí.

—Siempre he sido muy buena en informática y en inglés. Escribiremos los artículos juntas.

Olivia dejó de comer, con el tenedor en el aire, atónita.

—No sabe lo que está diciendo. Aunque no fuera interna de cardiología, sería un trabajo titánico. No podría compaginarlo todo.

—¿Qué nos apostamos?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque me pone enferma que no tenga el título. Aparte de usted ningún otro profesor merece tenerlo. Es una impostura.

—Si presento la acreditación a cátedra, esos impostores serán los que me juzgarán.

—¿Podría conseguirlo?

—Nunca me he burlado de ellos en público. He toreado sus susceptibilidades.

—Entonces está decidido.

—Diane, esto le supondrá como mínimo dos años de intenso trabajo.

—Razón de más. No perdamos más tiempo, hay que ponerse manos a la obra enseguida.

—Eso significa que durante dos años solo se relacionará conmigo.

—Nos entendemos bien. Déjese ya de historias, tenemos trabajo.

Diane se sintió salvada. Podría pensar en algo que no fuera su madre. En cuanto a la perspectiva de una colaboración intensiva con aquella mujer extraordinaria, le entusiasmaba.

En 1997, casi nadie tenía ordenador portátil. En el despacho de la profesora, en la universidad, había un enorme ordenador de sobremesa.

—Soy incapaz de utilizarlo —confesó Olivia.

Diane puso unas sillas frente al IBM. Durante los siguientes dos años, las dos amigas pasaron todo su tiempo libre en esas sillas. Allí permanecían, a menudo hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Los domingos llevaban provisiones.

—¿Quién se ocupa de su hija? —le preguntó Diane.

—Stanislas es un padre excelente. La lleva a la escuela, vuelve a trabajar a casa y nunca se olvida de recogerla después de clase. Y usted, ¿hay alguien que la eche de menos?

—No —dijo la joven, a quien la pregunta le pareció hábilmente planteada.

Mentía. Unos días antes, había tenido que someterse a un interrogatorio de Élisabeth:

—¿Te sientes sexualmente atraída por Aubusson?

Diane le dedicó a su mejor amiga la misma mirada que César a Brutus antes de pronunciar su último e histórico discurso.

—No me impresionaría, sabes —prosiguió Élisabeth.

—A mí tampoco me impresionaría. Pero es inexacto.

—Lástima. Lo habría preferido.

—¡Eso es otra cosa!

—Si desearas a esa mujer, te comprendería mejor. Pero esto se me escapa totalmente.

—Escribir artículos con ella me apasiona de verdad.

—¿Hasta el punto de no hacer literalmente nada más? ¿Hasta el punto de no dormir?

—Pues sí.

—¿Cuánto pesas? ¿Cuarenta y cinco kilos?

—Déjame en paz.

—¿Es una obligación, para los cardiólogos, estar tan delgados?

—La mayoría de los problemas cardiacos tienen su origen en la sobrealimentación y/o el sobrepeso. Es mejor dar ejemplo.

—¡De eso a estar esquelética!

En este asunto, Diane pensaba igual que ella. Pero cuando Olivia veía mantequilla, queso o carne, parecía una devota en presencia del diablo. Se alimentaba exclusivamente de verduras con un poco de pan seco.

La primera vez que uno de sus artículos fue publicado, Diane abrió una botella de vino. La mujer le dedicó una mirada de desconfianza.

—¡Es excelente para las arterias! —protestó Diane.

—Sírname solo un poquito.

A pesar de esa austeridad, le encantaba su colaboración. Con la ayuda del ordenador, dibujaba unos diagramas cuya precisión encantaba a Olivia. Cuando los veía reproducidos en las revistas, se mostraba exultante:

—¡Nuestro rigor ha convencido a los americanos!

Diane se sentía orgullosa de ese «nuestro». ¡Qué orgullo poder ayudar a una mujer tan brillante! ¡Qué le importaba dormir solo tres horas cada noche y no tener nunca vacaciones! En cuanto a sus resultados universitarios, no hicieron más que mejorar.

Seis meses antes de la fecha prevista para la acreditación a cátedra, Olivia le propuso encargarse de las clases.

—No sería capaz.

—Claro que sí. Lo hará de maravilla.

Tres meses más tarde, Diane dio su primera clase. Fue un éxito. «Aún no tengo veintisiete años y ya doy clases en la universidad. ¡Gracias, Olivia!», pensó impresionada.

Nicolas la invitó a su boda. Ella le escribió una carta muy amable en la que se excusaba por no poder asistir. «Es una suma de circunstancias», explicó. «Te lo compensaré más adelante, cuando tenga tiempo.» Ofendido, Nicolas no respondió. Diane sufrió por ello, pero ¿qué otra cosa podría haber hecho? Tenía que preparar sus clases, redactar su tesis, cumplir con sus guardias y, sobre todo, tenía que ejercer de coach para Olivia y su inminente acreditación.

Su padre la llamó para manifestarle su indignación:

—Es la boda de tu hermano, ¡como mínimo podrías sacar tiempo para asistir!

A Diane le costó mantener la calma. Aquel hombre, que jamás se había preocupado por averiguar por qué su hija se había marchado a los quince años, se ofuscaba, en nombre de la familia, porque ella no asistiera a una ceremonia tan mundana.

—Papá —le respondió—, intenta comprenderme: acabo de empezar a dar clases en la universidad, estoy preparando mi tesis...

Su padre la interrumpió, muy animado: ¡su hija daba clases en la universidad! Semejante prodigio lo justificaba todo. Balbuceó un «Felicidades, querida» y colgó. Diane intuyó que en la media hora siguiente habría anunciado pomposamente la noticia a toda la ciudad. Más que orgullo, sintió rabia.

¡Menos mal que la acreditación a cátedra se acercaba! Eso le permitió pensar en otra cosa. El acontecimiento fue de lo más divertido. La profesora presentó a la joven como su auxiliar de investigación, lo cual la autorizaba a asistir a la sesión. Nada estaba ganado de antemano: Olivia tenía que convencer a un tribunal compuesto por profesores infinitamente menos competentes que ella sin por ello ponérselos en contra. No dudó en recurrir a las fórmulas protocolarias habituales: «Gracias a los conocimientos que el profesor Pouchard ha tenido la generosidad de proporcionarme», «como subrayó el profesor Salmon en su brillante artículo»... Se trataba de demostrar la coherencia de sus doce publicaciones americanas recientes. Olivia estuvo brillante.

Para Diane fue una culminación. Su amiga le pareció grandiosa de elocuencia, inteligencia y habilidad. Volvió a pensar en los dos años de trabajo constante, en la complicidad, en los momentos de desesperación, en las dificultades que habían vencido juntas. Haber jugado un papel preponderante en un acontecimiento tan indispensable le pareció lo más esencial de su vida.

Al final de la exposición, Olivia se reunió con Diane y el tribunal se retiró a deliberar.

—¡Ha estado fantástica! —dijo la joven—. ¡Bravo!

—¿De verdad? —murmuró Olivia, extasiada.

Tras una angustiante espera, el tribunal regresó. Yves Pouchard proclamó que la señora Aubusson accedía al título de catedrática con las felicitaciones del tribunal. Olivia estrechó con fuerza la mano de Diane antes de dársela a los miembros del tribunal.

Al salir del anfiteatro, Olivia le dijo a Diane que nunca olvidaría que le debía su título a ella.

—La costumbre exige que el nuevo titular ofrezca una pequeña fiesta. Se celebrará pasado mañana por la noche en la sala de deliberaciones. Por fin conocerá a mi marido. ¡Y yo por fin voy a volver a verlo!

—¿Puedo ayudarla en la organización?

—Creo que ya me ha ayudado bastante. Tiene que redactar su tesis.

Cuarenta y ocho horas sin Olivia le resultaron muy extrañas, a ella que en los últimos dos años había pasado casi todo su tiempo libre con ella. La noche señalada, se sintió muy feliz de reencontrarse con su amiga.

—Diane, permítame que le presente a mi marido, Stanislas.

Era un hombre de unos cincuenta años, elegante y esbelto, de buena figura.

—Os dejo solos para que os conozcáis —dijo Olivia, y se fue a saludar a otros invitados.

El ejercicio resultó ser arduo. Stanislas apenas la escuchaba, y cuando lo hacía era peor. Preguntaba en un tono agitado: «¿Por qué me pregunta eso?» cuando en realidad nadie le había preguntado nada. Y si Diane le preguntaba algo, no respondía. Finalmente, ella se dio cuenta de que era mejor guardar silencio. El mutismo lo tranquilizó en el acto y recuperó una expresión agradable. Ella se excusó diciéndole que tenía que saludar a otras personas. No resultó fácil, sin duda porque tenía veinte años menos que la media de la gente, que ponían cara de estar preguntándose por qué la habían invitado a aquella fiesta.

El momento culminante de la velada fue el discurso de Olivia. Muy emocionada, subió a la tarima y tomó la palabra:

—Fue a los quince años, leyendo a Alfred de Musset, cuando descubrí esta famosa frase: «Golpéate el corazón, ahí es donde reside el genio.» La adolescencia conoce esos fulgores: enseguida supe que dedicaría mi porvenir al estudio de ese órgano.

Diane, estupefacta, había dejado de escuchar.

La perorata acabó entre un estruendo de aplausos. Yves Pouchard propuso un brindis. Nadie se dio cuenta de que la joven se había marchado.

Al día siguiente, Diane se preguntó por qué aquel incidente la había perturbado tanto. Alfred de Musset pertenecía a todo el mundo. Tras dos años de colaboración ininterrumpida, era normal que Olivia hubiera llegado a confundir sus recuerdos. Se prometió a sí misma no volver a pensar en ello.

Como siempre, se reunió con su amiga para almorzar.

—Estuvo muy bien ayer —dijo educadamente.

—¿Verdad que sí?

Olivia le contó multitud de detalles con jovialidad. A Diane la tranquilizó que no hubiera reparado en su ausencia.

—¿Qué le pareció Stanislas?

—Bueno, ¿qué puedo decirle?

La mayor rompió a reír.

—Perdóneme, debería haberla advertido. En matemáticas, su especialidad es la topología.

—¿En qué consiste?

—Sinceramente, nunca lo he entendido. Pero está claro que vuelve rara a la gente. Basta con no hablarle, entonces todo va bien.

—¿Así que no se hablan?

—Mis padres tampoco se hablaban. Y cuando se lo comentaba a mi madre, ella me decía: «Querida, llevamos treinta años casados. ¿Qué quieres que nos digamos?» Yo me limité a seguir esa costumbre un poco antes.

Diane sintió deseos de preguntarle muchas cosas más. Se abstuvo de hacerlo, por miedo a parecer indiscreta.

Unos días más tarde, Olivia le anunció que al día siguiente almorzaría en el comedor, con los profesores. Comedor era el nombre que le daban a la zona reservada a las luminarias del restaurante universitario.

—Así podrá averiguar por fin si sirven platos especiales —bromeó Diane.

Dos días después, fue al restaurante. Olivia no se reunió con ella. Al día siguiente, tampoco. Diane comprendió entonces que su amiga había utilizado

una fórmula evasiva para decirle que ya no almorzarían juntas. No pudo evitar pensar: «El título se le ha subido a la cabeza.»

Se cruzó con Olivia en el pasillo y la saludó con frialdad.

—Y eso, Diane, ¿qué le ocurre?

—¿Y usted me lo pregunta?

—Oh, perdone. Debería haberme dado cuenta. ¡Venga al comedor a almorzar con nosotros!

—Cuando era una simple profesora, decía que no la admitían en el comedor. Por mi parte, ni siquiera soy una simple profesora.

—Estoy segura de que a Yves y a Roger no les molestará.

—Más motivo para no ir, teniendo en cuenta los años que estuvo repitiéndome hasta qué punto los despreciaba.

—Cállese, podrían oírla.

Esta última réplica fue demasiado para Diane, así que se marchó.

Unos días más tarde, encontró una nota en su taquilla: «Lamento el malentendido. Venga a cenar a mi casa, a las ocho, en plan informal.»

A la joven se le saltaron las lágrimas. Olivia la invitaba a su casa, ¡el tiempo que llevaba soñando con ello! ¿Cómo había podido dudar de su amistad?

Fue Stanislas quien le abrió la puerta. Recordó su modo de funcionar y se limitó a decir buenas noches. Sin pronunciar palabra, él la acompañó hasta un salón amueblado con buen gusto, la dejó allí y se retiró. Ella permaneció largo rato contemplando el lugar que tanto había imaginado y que resultaba ser de lo más normal.

—Cómo, Diane, ¿ya está aquí? Tendría que haberme avisado —dijo Olivia al entrar en la habitación.

—No quería molestarla.

Hablaron de lo divino y de lo humano. A Diane le alegró comprobar que no habían perdido ni un ápice de su complicidad. Estaba bajo el influjo de su amiga, a la que encontraba rebosante de una serenidad natural.

—Voy a preparar la cena —dijo levantándose—. Sobre todo, no espere ninguna maravilla: no es mi fuerte.

La joven la acompañó a la cocina y sonrió al comprobar que había

preparado ensalada y verduras.

—¡Qué sorpresa! —dijo ella.

—Qué mala es usted; ya que se burla de mí, eso le costará tener que poner la mesa como castigo.

Mientras Diane disponía los platos, distinguió dos ojos furtivos espiándola. Debía de ser la hija de Olivia. Se dio cuenta de que no sabía cómo se llamaba.

—¿Hay alguien ahí? —murmuró con una voz muy suave.

Vio aparecer tímidamente a una chiquilla tan pequeña y frágil que le habría puesto ocho o nueve años. Calculó que debía de tener doce. La niña apenas se atrevía a mirarla.

—Buenas noches. ¿Cómo te llamas?

No hubo respuesta. Olivia llegó y dijo con un poco de humor:

—Bueno, Mariel, ¿se te ha comido la lengua el gato?

La niña huyó en el acto.

—¡Qué encantadora es! —exclamó Diane.

—Y muy sociable, como habrá observado —prosiguió Olivia.

—Es la edad.

—¿De veras? ¿Usted era así a los doce años?

—Cada uno crece a su ritmo.

—¿Crecer? No sé si se trata del verbo adecuado.

Incómoda, Diane cambió de tema y regresó a la cocina para cortar rábanos a rodajas. Cinco minutos más tarde, oyó una voz anormalmente aguda que decía:

—Mamá, tienes que firmar mi cuaderno de notas.

Olivia lo cogió, miró rápidamente las notas, suspiró y firmó sin hacer ningún comentario. Mariel volvió a escabullirse.

—¿Malas? —preguntó Diane.

—Como siempre —dijo Olivia con indiferencia.

—¿Puedo ir a verla?

—Si quiere.

Diane se adentró por el pasillo, llamó a la puerta, no obtuvo respuesta, abrió y se dio de bruces con Stanislas, acostado sobre la cama, con los ojos abiertos y mirando el techo. Cerró rápidamente y abrió otra puerta. Mariel

estaba sentada en el suelo, hecha un ovillo.

—¿Puedo ver tu cuaderno de notas?

Aterrada, la niña no dijo nada. Diane cogió el cuaderno con suavidad y lo hojeó. «Mariel Aubusson, sexto.» La pequeña ya llevaba un año de retraso. En cuanto a los resultados, eran catastróficos. Tanto que los profesores no se atrevían a añadir ningún comentario.

«El padre es un investigador matemático, la madre es profesora de cardiología en la universidad», pensaba Diane, buscando desesperadamente algo positivo que decir. Acabó por ver que en gimnasia la niña había pasado de -3 a -1 .

—¡Bravo! Has progresado en gimnasia —exclamó con fingido entusiasmo.

Mariel levantó la nariz, atónita. Dibujó una sonrisa tan encantadora que Diane la tomó por los hombros y la abrazó.

Cuando regresó al salón, vio en la biblioteca una medalla que la intrigó. Su amiga percibió su mirada y dijo con orgullo:

—Es la medalla Fields. Stanislas la obtuvo con treinta y nueve años.

Cuando su esposa lo llamó, el ganador de la más alta distinción matemática mundial se sentó en su sitio, eligió una a una las hojas de lechuga y luego contempló su plato con cautela. Acabó comiendo en silencio. Mariel no habló mucho más, y se dedicó a picotear tímidamente. Mientras tanto, la señora de la casa, encantadora, conversaba sin sentirse ofendida por su silencio. A Diane le habría encantado escucharla de no ser por el evidente sufrimiento de la pequeña.

Después de la cena, cuando Stanislas se retiró, su esposa le dijo:

—No trabajes hasta muy tarde, querido.

Al ver que Diane la miraba con perplejidad, Olivia añadió:

—¿Lo ha visto acostado en la cama, con los ojos abiertos y mirando al techo? Así es como practica la investigación topológica. Cuatro minutos al día, se levanta para anotar sus reflexiones en un trozo de papel. Impresionante, ¿verdad?

Resplandecía de orgullo al hablar de su marido.

Diane había llevado una caja de bombones. Olivia la abrió para acompañar el café. Mariel pidió con la mirada autorización para coger uno.

—Sírvete, tesoro —dijo su madre.

¿Fue el «tesoro» o fue el chocolate? El rostro de la niña resplandeció de satisfacción. Suspiró de placer. Diane sonrió y le sugirió que cogiera otro.

—Ni hablar —se interpuso Olivia—. Engorda.

—¡Pero si está delgada como un palo! —protestó Diane.

—Y se trata de que siga estándolo.

Lo dijo en un tono tan arisco que la niña salió pitando.

La invitada se quedó estupefacta. La anfitriona malinterpretó su silencio y profirió algunos lugares comunes. «Nunca es demasiado pronto para tener una buena higiene de vida», «el abuso de chocolate con leche juega un papel nada despreciable en el desarrollo de enfermedades cardiovasculares», sin percatarse de su malestar.

Diane se inventó una excusa para marcharse sin más demora. Olivia debió de sentirlo como un fracaso social, ya que insistió hasta la saciedad («¡No puede marcharse tan pronto! He esperado tanto este momento...»). La joven zanjó el asunto, añadiendo que tenía que marcharse pero podía volver al día siguiente.

—Excelente idea —exclamó la anfitriona con una voz de sí pero no.

—Si no tiene inconveniente, vendré hacia las seis.

Mientras conducía, Diane pensó que tenía que tratarse de una coincidencia. ¿Cómo podría existir la más mínima conexión entre aquella pobre criatura traumatizada y su propia infancia? Y, sobre todo, ¿qué relación habría entre la tan brillante Olivia Aubusson y su madre? Se prohibió a sí misma seguir profundizando en ese tema.

Se convirtió en un ritual: cada dos días, a las seis de la tarde, Diane visitaba a Mariel y la ayudaba a hacer los deberes. Los comienzos fueron aterradores: resultó que sabía leer y escribir y poco más. Con suma delicadeza, la joven evitaba las preguntas ofensivas: «¿Tu padre o tu madre no te han explicado que...?», con el objetivo de que la pequeña no se diera cuenta de la grave deficiencia parental que sufría.

Olivia, en cambio, no perdía ocasión de hablar mal de alguien para, en realidad, acusar a un tercero:

—Diane, ¿no le parece odiosa la actual culpabilización de las madres? ¿Se ha fijado que cualquier excusa es buena para avergonzarlas por no ocuparse lo suficiente de sus hijos? Sobre los padres, en cambio, ni mu.

—Tiene razón, resulta intolerable que no se incluya a los padres en esa culpabilidad. Salvo, claro está, cuando los padres viven al límite del autismo.

—¿Sabe que Stanislas es sorprendente? Siempre está dispuesto a llevar a la pequeña a la escuela y recogerla. A mí se me rompe el corazón cuando veo a esos niños rondar por delante del colegio esperando a sus padres.

—Efectivamente, Stanislas es de una exactitud impresionante para las tareas que le son encomendadas.

—Su abnegación me conmueve, Diane, pero no pierda su precioso tiempo. Mariel nunca será un genio, sabe.

—Me conformo con ayudarla a aprobar este curso. Está progresando mucho.

—¿Y su tesis? ¿Y sus estudios?

—Le dedico a su hija menos horas de las que le dedicaba a usted cuando se preparaba para la acreditación a cátedra.

—Espero que fuera un poco más enriquecedor para usted.

—No es comparable. Pero me llevo muy bien con Mariel.

—Ya se sabe que este tipo de niños son muy entrañables.

«¿Cómo es posible?», pensaba Diane al escuchar semejantes horrores. Por decirlo suavemente, miraba a Olivia de un modo distinto. Lo único que le

importaba era su reputación. Su currículum vitae seducía: brillante carrera, marido extraordinario. Siempre que no se le dirigiera la palabra, Stanislas era el esposo ideal, e incluso tenía una hija, de modo que nadie podría reprocharle haber «sacrificado su condición de mujer». Esa expresión hería a Diane. ¿Cómo una persona tan inteligente como Olivia había podido traer al mundo una niña solo por eso? Diane sabía que Mariel no era un accidente: Olivia le había contado que le había costado quedarse embarazada.

«Es tu amiga. No la juzgues», se repetía a menudo. Una voz interior le decía también: «¿De verdad es tu amiga?» Para convencerse de que sí lo era, Diane tenía que recordar los tiempos que habían precedido a la acreditación. Por desgracia, ¿qué quedaba de aquella fabulosa complicidad?

Olivia, que tanto la había hecho reír burlándose de los modales del mandarinato, ahora los había adoptado todos. Se codeaba con los profesores, llamándolos por su nombre y sorprendiéndose si no se entendía de quién estaba hablando («¿Cómo que qué Gérard? ¡Pues Michaud, quién va a ser!»), se había apuntado a su gimnasio y no perdía ocasión de frecuentarlos. En el fondo, aunque la irritaba, le convenía que Diane adoptara el papel de «baby sitter», como decía: se podía dedicar todavía más a sus deberes mundanos, dejando a Stanislas y a Mariel bajo la tutela de la joven.

Ocuparse de Stanislas era fácil; mientras la cena estuviera preparada a las ocho en punto, no manifestaba ningún descontento, es decir, no manifestaba nada. Diane se indignaba retrospectivamente ante la idea de que durante dos años la pequeña no hubiera tenido más compañía que la de ese padre mudo y ensimismado.

«La actitud de Olivia ha cambiado, es cierto, pero menos que mi actitud hacia ella», se reprochaba. ¿Cómo podría sentir la misma amistad que antes hacia la madre de Mariel?

«No soy objetiva, la veo a través de mis recuerdos infantiles», se decía. Estaba claro que el sufrimiento de la pequeña reactivaba el suyo. «Y yo por lo menos tenía a mis abuelos, a mi padre, a mi hermano. Ella, durante todos estos años, no ha tenido ni el afecto ni la atención de nadie.» No había que ser un genio para adivinar que la chiquilla no tenía amigos de su edad y nunca los había tenido.

Mariel y Diane se encariñaron profundamente. Cuando la joven llegaba, la niña corría a abrazarla. Diane no se limitaba a ayudarla con los deberes. Si

notaba que llevaba el pelo sucio, le recomendaba lavárselo con mayor frecuencia. La pequeña respondió que era incapaz de hacerlo y que era su madre la que se lo lavaba «a veces».

Diane le enjabonó la cabellera inclinada sobre el reborde de la bañera. Luego cogió el secador y le aconsejó a Mariel que echara la cabeza hacia delante: mientras le secaba el pelo, sintió que la niña apoyaba la cabeza sobre su vientre y se estremeció, ya que recordó haber estado en una postura idéntica con su madre cuando, de niña, le secaba el pelo. Y se acordó de la emoción que sintió entonces, de haber inventado un posible contacto con su diosa.

«Pero tenía seis años cuando hacía eso. A los doce es un poco tarde.» Le enseñó a Mariel a lavarse el pelo.

—Tenemos que hablar —le dijo una noche Olivia, cuando Mariel ya se había acostado.

—La escucho.

—Quisiera dedicarme más a la investigación. Desde la acreditación a cátedra, tengo tendencia a dormirme en los laureles. Resulta inadmisibile. Por suerte, tengo muchas ideas.

—¡Bravo!

—Y para eso la necesito a usted. ¿Podría sustituirme en una de cada dos clases?

—No soy profesora, sería incapaz.

—Vamos. ¡Claro que es capaz! Es usted una joven de una inteligencia excepcional. Nada se le resiste.

Halagada, Diane encajó los cumplidos:

—Gracias. Pero eso me robará mucho tiempo.

—Ya lo he pensado. Pero no será un tiempo perdido. Sacará de ello el mayor provecho para su tesis, sus estudios y, por supuesto, para la obtención del título de profesor.

—¡Todavía falta mucho!

—Ya llegaremos a eso.

La primera persona del plural no le pasó por alto a la joven, que se preguntó de qué modo interpretarla.

—Evidentemente —retomó Olivia—, eso le dejará menos tiempo para ocuparse de Mariel.

Ya tenía su respuesta. Sin embargo, fingió no haberla entendido:

—Siempre tendré tiempo para Mariel.

—Claro. Es muy amable por su parte —dijo Olivia.

Diane reconoció el rictus de amargura en la comisura de los labios. Recordó las palabras de su abuela: para instaurar su reino, los celos no necesitan ningún motivo. Era verdad en el caso de su madre. ¡Y lo era también en el de Olivia! Así, podías ser profesora de universidad, a la vez que una mujer hermosa, realizada y seductora, y tener celos de la atención de una vieja admiradora hacia tu hija enclenque y traumatizada.

Porque no se trataba de nostalgia por una amistad en crisis. Si hubiera sido el caso, Olivia habría recurrido al registro sentimental. «Y lo peor es que le habría funcionado», pensaba Diane. «¡Menos mal que me toma solo por una simple ambiciosa! Fingiré que le doy la razón.»

Diane entró en una nueva fase de sobreesfuerzo. Entre las clases de Olivia, las suyas y la preparación de su tesis, los estudios, las noches de guardia obligatorias y las horas dedicadas a Mariel, solo le quedaba una media de dos horas al día. «No sé cómo lo aguanto», pensaba. Su cansancio era tan intenso que, si tenía que elegir entre comer y dormir, no lo dudaba ni un segundo: dormir se había convertido en el santo grial. Sometida a semejante régimen, adelgazó todavía más.

—Cuidado —le dijo Olivia—, ya casi ha dejado de ser guapa.

Frente a ese ambiguo comentario, Diane interpretó el papel que su vieja amiga le atribuía: el de la trepa recalcitrante.

Su motor funcionaba con una mezcla explosiva de odio y amor. Este último lo destinaba a la pequeña, cuyos progresos la animaban: Mariel ya obtenía resultados casi satisfactorios en todas las asignaturas. Diane nunca se olvidaba de felicitarla con abrazos. El rostro resplandeciente de la chiquilla le compensaba sus esfuerzos.

Olivia tenía razón: daba las clases en su lugar con mucho éxito. Desconcertados por aquella profesora apenas mayor que ellos, los estudiantes no tardaron en entusiasmarse con la asistente de la catedrática Aubusson. Al final de sus exposiciones, Diane se sentía presa de una fiebre que la superaba.

En cuanto al odio, era más complicado. «¿Cómo sabemos que odiamos a alguien?», se preguntaba a veces en presencia de Olivia. Resultaba más fácil odiarla cuando estaba ausente: pensaba en algunas de sus actitudes respecto a Mariel y sentía deseos de hundir el rostro de aquella mujer en un mar de fango. «Eso debe de ser odio», se diagnosticaba a sí misma. Más allá de esos brotes, lo que sentía hacia Olivia se parecía a una decepción abismal. «Es un sentimiento generoso: demuestra que esperaba mucho de ella.»

En plena elaboración de uno de los pasajes delicados de su tesis, alguien llamó a la puerta de su despacho.

—Pase —dijo Diane.

Era Élisabeth. La había abandonado tanto que se sorprendió de verla en carne y hueso.

—Ya no contestas mis llamadas, así que aquí me tienes.

—Perdóname, trabajo como una loca.

—Pareces una zombi. Cuéntame lo que te ocurre.

Diane expuso su situación profesional. Élisabeth frunció el ceño.

—¿Te paga, por lo menos?

—Claro. Con el dinero siempre ha sido muy clara.

—¿Eso significa que en otras cosas no lo es tanto?

—¿Qué insinúas?

—¿No te parece que se está aprovechando de ti?

—No. No quería convertirse en catedrática. Yo la convencí de que lo intentara con la acreditación. Tuve que insistir.

—Sí, claro. Y ahora se siente muy desgraciada por haber conseguido el título...

—Por supuesto que está contenta. Es lógico. No puedes criticarla por ello.

—No la critico. Solo pienso que no debió de costarte mucho convencerla de que obtuviera la acreditación.

Diane se dijo que estaba en lo cierto.

—¿Cuál era el motivo de tu visita, por cierto? No te habrás desplazado hasta aquí solo para saber si seguía con vida.

—He venido a invitarte a mi boda —declaró Élisabeth.

—¿Qué?

—Pequeño test: ¿con quién me caso?

—Ni idea.

—¿Tu mejor amiga se casa y tú no sabes con quién? ¡Bravo!

—Lo sé, he estado distante estos últimos tiempos, lo siento.

—Estos últimos años, querrás decir. Te lo advierto, yo no soy como tu hermano: no permitiré que no vengas a mi boda.

—¿Con quién te casas?

—No pienso decírtelo. Así te verás obligada a venir. Mantendré el suspense.

—¿No será con mi hermano?

—¿Estás loca o qué? Te recuerdo que él ya está casado.

—Desde entonces podría haberse divorciado.

—Ya veo que has roto con todo el mundo. ¿Tengo que invitarte con Olivia?

—No. ¿Por qué?

—El protocolo exige que se invite a los dos miembros de una pareja.

—No somos pareja, ya hemos hablado de eso.

—Puede que las cosas hayan cambiado. En todo caso, si no sois pareja, entonces es que no tienes.

—Si eso era lo que querías saber, bastaba con que me lo preguntaras.

—¡Qué susceptible te has vuelto! Escucha, me caso el 30 de marzo. Si no vienes, yo misma iré a buscarte. No te podrás escapar.

Le parecía que el 30 de marzo quedaba muy lejos. La velocidad a la que transcurrieron los meses intermedios la sorprendió. Trabajaba tanto que el tiempo había dejado de tener sustancia. Cada día era la guarnición de un día y no era ella la que se zampaba el plato principal.

Una mañana de enero, se enteró de que tenía veintiocho años. «¿Cambiaría algo si tuviera cuarenta y seis?», pensó con indiferencia.

A ese ritmo, el 30 de marzo no tardó en estar a la vuelta de la esquina. El día D se dio cuenta de que ni siquiera había pensado qué vestido ponerse. En su guardarropa, encontró una falda y un top a juego. Flotaba tanto dentro que daba pena, pero aquella vestimenta podía calificarse de elegante. «Me da igual», pensó. «Lo que me fastidia es que voy a perder varias horas de trabajo.»

Magnífica en su vestido blanco, Élisabeth le presentó a su marido, un tal Philippe, que le pareció simpático («Hizo bien en hablar de suspense», pensó). El señor y la señora Deux estuvieron encantados de volver a verla; a ella le sorprendió volver a sentir tantas emociones al reencontrarlos. Le recordaba una faceta de su vida que creía superada para siempre.

Mientras iba a buscar una copa de champán, se quedó de piedra al ver, entre la multitud de invitados, a Olivia, recién salida de la peluquería, entregada con entusiasmo a las mundanidades.

Corrió a preguntarle a Élisabeth por qué la había invitado. Ella respondió

que le había enviado una invitación por pura formalidad y que le había sorprendido que aceptara de inmediato.

—Y la he invitado junto con su marido, que también está aquí. ¿Supone un problema para ti?

—No.

Era tanto menos problemático por cuanto Olivia ni siquiera había reparado en su presencia. «A eso se le llama dedicar su tiempo a la investigación. Y ese es el motivo por el que tengo que hacerme cargo de la mitad de sus clases», pensó Diane. Más allá del sarcasmo, no pudo evitar sentirse satisfecha. ¿Qué había sido de la mujer austera a la que había conocido tres años antes? Olivia iba vestida de un modo exquisito y rompía a reír a la mínima ocasión. Los hombres y las mujeres solo tenían ojos para ella. «¿Qué ha sido de su rigidez?», se preguntó Diane.

Por desgracia, sabía la respuesta. Al maquillarse para la boda, le había sorprendido la sequedad de su rostro. Era peor que la delgadez. Lo que había perdido era su gracia, y era esa gracia la que ahora veía resplandecer en Olivia.

Por un instante celebró la belleza de su antigua amiga. Pero de repente sintió que su alma se partía en dos y dejaba paso a un abismo, y supo que todo su ser iba a ser aspirado, tan potente era la atracción de aquel dolor abierto.

«No es posible. No puedo morder el polvo hasta ese punto», se defendió. Tenía que mirar urgentemente hacia otra parte. Un poco más lejos, vio a Stanislas absorto en la contemplación de su vaso de zumo de fruta. Pensó que Mariel estaba sola en casa y que solo tenía un deseo, reunirse con ella, para huir de aquella mascarada.

Obviamente, no era el caso de Olivia. Sin mirarla a la cara, se acercó para escuchar lo que estaba diciendo: «... su hijo, sí, ya sé de quién me habla, Maxime, un joven muy despierto. Es un placer darle clase». Diane se aguantó la risa, ya que Olivia nunca recordaba los nombres de sus alumnos. «¡Pues sí, llevo más de veinte años dando clases en la universidad! ¿Que parece mentira? ¡Es usted muy amable! ¡En realidad, trabajo tanto que no me queda tiempo para envejecer!» Menuda embustera, se mofó Diane. Experimentó alivio al sentir que en su interior el abismo se había cerrado.

«¡Qué maravilla de champán!», oyó que decía. «¿Es Deutz? Sí, lo

reconocería entre miles. Siempre digo que el objetivo de la vida es beber un buen champán.» A Diane le costó enormes esfuerzos contener las ganas de reír. Olivia desconfiaba del champán como de la peste: temía perder el control de sí misma. No pudo evitar lanzar una mirada a la copa de Olivia: estaba casi llena.

—¿No podrías fijarte en otra persona? —le dijo Élisabeth.

—Te pedí que no la invitaras.

—No me arrepiento de no haberte hecho caso. Eso me permite hacerme cargo de la gravedad de la situación.

—¿Ya has acabado de juzgarme?

—No te juzgo. Me preocupo. Te estás hundiendo en algo terrible. Apáñatelas como sea para dejar de ver a esta mujer, hazme caso. Mira, y hablando del rey de Roma...

Olivia se acercaba para felicitar a la casada y fingió darse cuenta de repente de la presencia de Diane.

—Cómo, ¿así que es usted, esa bonita percha?

—La investigación le sienta bien, está resplandeciente —respondió Diane.

—Sí, enseguida se ve que está admirablemente asistida —intervino Élisabeth.

Sintiendo que la situación no le era favorable, Olivia sonrió y dejó que una de las numerosas personas que deseaban hablar con ella le echara el lazo.

—¿Qué pretenciosa! —dijo Élisabeth.

—No era así cuando la conocí.

—¿Quieres dejar de justificarla? ¡Es odiosa! Mírala parloteando y haciéndose la interesante: ¡te has matado a trabajar para que consiga el título de catedrática y solo lo utiliza para perorar en sociedad! Y ahora te ordeno que te hartes de pastelitos. ¡Tu delgadez me aflige!

—Siento lo del otro día —le dijo Olivia a Diane una noche que había ido a ocuparse de Mariel.

—¿A qué se refiere?

—A la boda de su amiga. Me comporté de un modo absurdamente desagradable con usted. No sé qué me pasó.

—Está olvidado.

—Mejor. Ya sabe que es usted muy importante para mí. De hecho, tengo algo que proponerle.

«Acabáramos», pensó Diane, que temía una nueva carga de trabajo.

—Me gustaría tutearla —dijo Olivia sonriendo.

La joven no se lo esperaba en absoluto, así que abrió los ojos como platos. Conmovida, acabó aceptando.

—¿De acuerdo? Ah, qué contenta estoy. Resulta mucho más simpático.

—Tendrás que ser indulgente conmigo —imploró Diane—. Puede que me equivoque a menudo.

—No hay problema. Hace mucho tiempo que deberíamos habernos tuteado. Se me ocurrió al oír que Mariel te tuteaba.

Diane explotó. «Debería haberlo sospechado, ¿cómo he podido interpretar como una señal de amistad lo que solo eran celos de su hija?»

Más adelante, lamentó con amargura aquel tuteo. El abandono del usted implicó que en Olivia desaparecieran los últimos rastros de respeto que aún le profesaba. Antes le decía: «Perdone, ¿ha terminado de corregir los exámenes parciales?» Ahora se había convertido en: «Bueno, ¿ya están esas correcciones?»

El gran ausente del tuteo era el tú. Olivia ni siquiera se dirigía a alguien.

Diane hizo acopio de lo poco que le quedaba de valentía para anunciarle a Olivia que no podía seguir haciéndose cargo de la mitad de sus clases.

—La lectura de mi tesis será en septiembre. Y estoy lejos de estar preparada.

Olivia le vio menos inconveniente por cuanto todavía era abril.

—Yo te ayudaré —dijo.

—No es necesario.

—Puedo hacer que te beneficies de las astucias de mi experiencia — insistió Olivia.

«Después de todo, ¿por qué no?», pensó la joven.

La dedicación de Olivia la sorprendió. En lugar de marcharse de vacaciones, se quedó todo el verano a su lado. Le dio consejos que no carecían de agudeza. Nada fundamental, pero podían resultarle útiles.

Una semana antes de la lectura, Diane le ordenó a Olivia que se marchara unos días a tomar el sol.

—Ya me has ayudado bastante. Yo me ocuparé de Stanislas y de Mariel.

—Gracias por ocuparte de los niños —dijo Olivia riéndose.

La víspera de su regreso, Diane ordenó un poco el apartamento de los Aubusson. Se tropezó con un gran sobre de papel manila que no estaba cerrado y, mecánicamente, miró su contenido. Se trataba de las pruebas corregidas de un artículo de Olivia. Se basaba en los elementos más personales y brillantes de la tesis de Diane, cuyo nombre no aparecía ni una sola vez en las notas.

Volvió a dejar los documentos en el sobre, se sentó y se quedó pensando.

«No voy a comprometer mi porvenir por culpa de semejante monstruo. Y más teniendo en cuenta que forma parte del tribunal. Apretaré los dientes hasta mañana. Luego, rompo con ella sin dar explicaciones. Si no, la mato.»

Romper con Olivia significaba romper con Mariel. Esa perspectiva la entristecía, pero era mejor eso que matar a su madre.

Por la noche, mientras arropaba a la pequeña, le dio un beso con un afecto manifiesto.

—Que duermas bien, tesoro —dijo al cerrar la puerta de la habitación.

Revisó su tesis por última vez y se acostó. Sorprendida de su propia frialdad, se durmió.

El día D fue a buscar a Olivia a la estación.

—¿No deberías estar revisando tu tesis?

—Me la sé de memoria. Tienes un aspecto sensacional.

La lectura de la tesis se iniciaba a primera hora de la tarde. Consciente del nivel de odio que había alcanzado, Diane se controlaba más que nunca. No tuvo que consultar sus notas ni una sola vez. Mientras desarrollaba el punto que Olivia había convertido en la base de su artículo, se dirigía particularmente a ella. Ella no dejó de sonreír con orgullo ni un instante, como si fuera el origen de semejante nivel de excelencia.

Los otros dos miembros del tribunal le hicieron algunas preguntas. Diane respondió con brillantez y luego agradeció a los profesores «la considerable ayuda» que le habían proporcionado. El tribunal se retiró a deliberar y no tardó en volver. Diane fue recibida con felicitaciones del tribunal.

Olivia le propuso celebrar el acontecimiento en su casa. Diane dijo que prefería encontrarse para cenar en su restaurante, como en los viejos tiempos.

Encantados de volver a verlas, los camareros les sirvieron enseguida dos ensaladas y una botella de agua mineral. Mientras comían, Olivia la felicitó por la calidad de su lectura.

—Yo ya sabía que eras buena en la exposición oral, pero me has impresionado.

«Y lo que te queda por ver», pensó la joven, que le dio las gracias.

Cuando se acabaron la última hoja de lechuga, Diane le dijo que tenía algo que anunciarle.

—Te escucho —dijo Olivia.

—Dejo la universidad.

—¿Perdón?

—Me has oído perfectamente.

—No puedes hacerme esto.

—No tiene nada que ver contigo. Mi proyecto siempre ha sido curar a la gente, y no enseñar.

—¡Pero si enseñas divinamente!

—Aunque fuera así, eso no cambiaría nada.

—¿Y me anuncias algo tan abominable después de tu lectura?

—¿Por qué te sorprende? ¿No irás a decirme que me habrías penalizado si te lo hubiera dicho antes?

En los ojos de Olivia leyó: «¿Me tomas el pelo? ¡Pues claro que te habría penalizado!» Fingió no darse cuenta.

—¿Y qué voy a hacer sin ti? —se indignó Olivia.

—Eres muy amable —dijo Diane fingiendo que no la había entendido—. No me necesitas para nada.

—¡Claro que sí! Ya no me quedará tiempo para dedicarme a la investigación.

—En ese campo has adelantado mucho en estos meses.

—¡Ya veo que has estado fisgoneando en mis asuntos!

—No sé de qué me hablas.

—¡Pobre idiota! ¡Con los investigadores siempre ha sido así! Si te ofendes por tan poco es que no has comprendido nada.

—No entiendo ni una palabra de lo que me estás diciendo.

—Tienes razón, hazte la inocente. Ya verás lo que te espera: los enfermos. Los pacientes son basura humana. ¡Vas a echar de menos a los alumnos, chiquilla!

—Sobre todo echaré de menos a los profesores.

—¡Búrlate, querida, búrlate! Aquí vives rodeada de inteligencia. Vas a descubrir a los pacientes de un cardiólogo: la patología de nueve de cada diez está causada por el exceso de grasa, y el tratamiento consiste en poner al paciente a dieta. Cuando les aconsejes dejar la mantequilla, te mirarán como a una asesina. Tres meses más tarde, cuando vuelvan a visitarte y te sorprendas de que no se haya producido ningún cambio, te mentirán sin complejos: «Doctora, no lo comprendo, he seguido todas sus recomendaciones.» Al elegir la cardiología y la investigación, optamos por la nobleza; ejerciendo como simples médicos, solo curamos a cerdos.

—Estoy dispuesta a convertirme en veterinaria —dijo Diane con una sonrisa.

—¿Cómo puedes renunciar a la inteligencia, tú que no soportas la

estupidez?

—La estupidez no es lo único que no soporto.

—Venga, suéltalo.

—Ya lo sabes.

—Sé qué es lo que más me reprochas: crees que soy una mala madre. ¿Con qué derecho me juzgas? Ya veremos qué clase de madre serás tú si, como yo, tienes la desgracia de tener una hija menos brillante que tú.

—Yo no seré madre.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Ya veo lo que quieres decir. Cuando te conocí, eras la viva encarnación de la belleza. Ahora, ¿qué queda de tu esplendor? ¿Quién podría desearte ahora?

Abrumada por la agresividad y la perfidia del comentario, Diane se levantó y se marchó. Oyó esta última advertencia:

—¡No vuelvas a mi casa, ya no eres bienvenida! ¡No volverás a ver a Mariel!

«Eso es lo único que me entristece», pensó.

Aquella noche, al acostarse, supo que no dormiría. Estaba orgullosa de haber hecho lo correcto, pero no por ello dejaba de estar alucinada por las proporciones que había tomado el enfado de Olivia.

Hasta entonces, le había parecido que su desprecio se explicaba a causa de sus discrepancias con individuos despreciables, como las luminarias locales, de las que con razón se había burlado antes de convertirse en su mejor amiga a partir del momento en que las puertas del mandarinato se abrieron para ella. A partir de entonces, Diane comprendió que aquella mujer despreciaba por naturaleza. Era una persona vengativa, buscaba blancos para su desprecio y los encontraba fácilmente: los ingenuos, los enfermos e incluso su propia hija. «Y probablemente yo, a partir de ahora», pensó.

«No se debe usar el desprecio sino con gran economía, debido al gran número de necesitados»; Olivia no necesitaba seguir el fabuloso precepto de Chateaubriand porque rebosaba de desprecio. Por más que se prodigara repartiéndolo, siempre le quedaría más.

La ventaja de despreciar consiste en sentirse superior a quien desprecias. Razón de más para que Olivia lo hiciera. Experimentar la necesidad de manifestarlo hasta ese extremo evidenciaba sin embargo la fragilidad de lo que la separaba del objeto de su desprecio, como había ilustrado su actitud respecto a los mandarines. ¿Ocurriría lo mismo respecto a los enfermos de corazón?

Diane recordó una conversación de hacía más de un año que en su día le había parecido irrelevante. Le había preguntado a la que entonces todavía era su amiga si tenía antecedentes cardiacos para cuidar tan escrupulosamente su alimentación.

—No. Pero quiero mantenerme delgada —había respondido.

—Me parece que está a salvo del peligro de engordar.

—Hasta que nació mi hija podía comer todo lo que quisiera. Desde que soy madre, todo me engorda.

Diane recordó la amargura con la que lo había dicho. ¿Podía haber allí un

elemento que explicara la aversión que sentía por Mariel?

¡Si solo hubiera sido odio! Ahora le parecía a Diane que el desprecio era peor que el odio. Este está próximo al amor, mientras que el desprecio le es extraño. «Por lo menos mi madre nunca me despreció», pensó. El destino de Mariel le produjo escalofríos.

La mañana siguiente a aquella noche en blanco, Diane vio que tenía un mensaje de Olivia en su bandeja de entrada. «¡Y pensar que fui yo la que le enseñó a utilizar internet!» También fue ella la que le enseñó el modo de averiguar si su mensaje había sido leído. La joven decidió no leer jamás aquel último mensaje. Conocía lo suficiente a Olivia para no dudar de que eso la sacaría de quicio.

«La estupidez consiste en querer concluir», escribió Flaubert. Pocas veces se confirmaba esa afirmación como en las disputas, donde se identificaba al imbécil por su obsesión por querer tener la última palabra.

Fiel a sus hábitos inexorables, la vida siguió.

Diane ejerció a jornada completa en el departamento de cardiología del hospital. Los pacientes la adoraban: fuera cual fuera el problema, los escuchaba con un respeto que los volvía capaces de cambiar de hábitos si ella se lo pedía.

Pese a la carga de trabajo, adoptó un ritmo mucho más sano. Volvió a dormir todas las noches y recuperó el apetito. Con semejante régimen, no tardó demasiado en volver a ser una belleza.

Decidió retomar la relación con su familia. Su padre se sintió desolado porque no enseñara en la universidad, pero se manifestó muy orgulloso de tener una hija médico. Su madre, que se ocupaba perfectamente de la pequeña Suzanne, adquirió la costumbre de invitar cada domingo a almorzar a Diane, Nicolas, su esposa y sus hijos. El hermano y la hermana se reencontraron con felicidad y efusión.

Marie recibía cada año, por su aniversario, una postal de Célia. A juzgar por los lugares de expedición, estaba dando la vuelta al mundo a pie.

Élisabeth tuvo dos hijos, Charles y Léopold. Madrina de este último, Diane quería con ternura a ambos hermanos, que la llamaban tita.

No le faltaron pretendientes. Diane se los fue quitando de encima a todos sin excepción. Nunca volvió a ver a Olivia. A veces oía hablar de ella. Siempre le resultaba desagradable.

Cinco años más tarde, se enteró de que Mariel había dejado el instituto. La entristeció saberlo.

Pasaron más años. Diane se convirtió en propietaria de una hermosa casa en un buen barrio de la ciudad. Descubrió con placer el arte de la jardinería.

En enero de 2007, Diane cumplió treinta y cinco años. Unos días más tarde, unos policías se presentaron en su casa. Los recibió con sorpresa.

—Olivia Aubusson fue asesinada la noche del 15 al 16. ¿Le importaría responder unas preguntas?

Conmocionada, la joven les rogó que pasaran. La noche del 15 al 16 de enero, ella estaba celebrando su aniversario en casa de Élisabeth. Hacía siete años que no veía a la víctima.

—¿Cómo la mataron?

—Veinte puñaladas en el corazón.

Se quedó atónita durante un rato.

—¿Su marido?

—Está en estado de choque. Permanece acostado en la cama, mirando el techo.

—¿Pudo ver al asesino?

—No. Dormían en habitaciones separadas. Pero las preguntas las hacemos nosotros. ¿Olivia Aubusson tenía un amante?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Usted y ella estuvieron muy unidas.

—Sí, fuimos amigas durante tres años.

—¿Cuál era la naturaleza de esa amistad?

—Profesional, entre otras. También me ocupé de su hija durante cerca de un año.

—Háblenos de su hija.

—Mariel. En aquella época tenía doce años. Desde entonces solo sé que dejó el instituto, eso es todo.

—¿Se llevaba bien con su madre?

—Ni idea. Hace diez años, la adoraba.

—Frente al domicilio de la víctima hemos encontrado huellas de neumáticos que no eran las de su coche. ¿Sabe usted si Mariel conducía?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Las preguntas las hacemos nosotros. ¿Por qué dejó de verse con Olivia Aubusson?

—Tuvimos algunas diferencias.

—¿De qué naturaleza?

—Profesional. Ya no quería trabajar con ella en la universidad.

—¿Por qué?

—No era mi vocación. Quería ser médico, no profesora. Se lo tomó a mal, las cosas subieron de tono. Nuestra amistad se acabó.

Siguieron interrogándola sin obtener más respuesta que una negativa y luego se marcharon, no sin antes rogarle que se pusiera en contacto con ellos si recordaba algún dato interesante. Antes de marcharse, anotaron las señas de Élisabeth con el fin de comprobar su agenda la noche del asesinato.

Diane no tuvo que reflexionar demasiado para comprender quién era el asesino.

Cuando matas a alguien con veinte puñaladas en el corazón, se trata de un crimen pasional. Sabía con certeza quién llevaba cerca de veinte años profesándole un amor no correspondido.

¿Acaso no era infinitamente más grave que una relación que acaba mal? Un amor tan profundo, tan imposible de curar, tan indispensable, tan inconsolable, al que Olivia solo había respondido con el desprecio.

La elección de la fecha del asesinato era una firma dedicada a ella. El asesino tenía que querer a Diane para actuar la noche de su aniversario. No porque ese crimen fuera a hacerla feliz, sino para que no tuviera ninguna duda sobre la identidad de su autor.

En 2007 el asesino iba a cumplir veinte años. La edad que tenía Célia cuando abandonó a Suzanne y huyó de su madre. La gravedad del crimen se correspondía con la gravedad del castigo. El crimen de Marie era mucho menos grave que el de Olivia. Marie se había vuelto loca y ciega. Olivia había despreciado fría y lúcidamente.

Diane recordó que el aniversario del asesino era el 6 de febrero. Solo le quedaba esperar.

El 6 de febrero Diane se quedó en casa todo el día. A las 23.54 llamaron a

la puerta con extrema discreción.

—Feliz aniversario —le dijo a la persona a la que invitó a entrar inmediatamente.

A los veinte años, Mariel aparentaba dieciséis. Era pequeña y delgada, y en sus ojos inmensos podía leerse un hambre inextinguible.

Diane no le hizo ninguna pregunta.

—No tengo adónde ir —dijo Mariel.

—Estás en tu casa.